

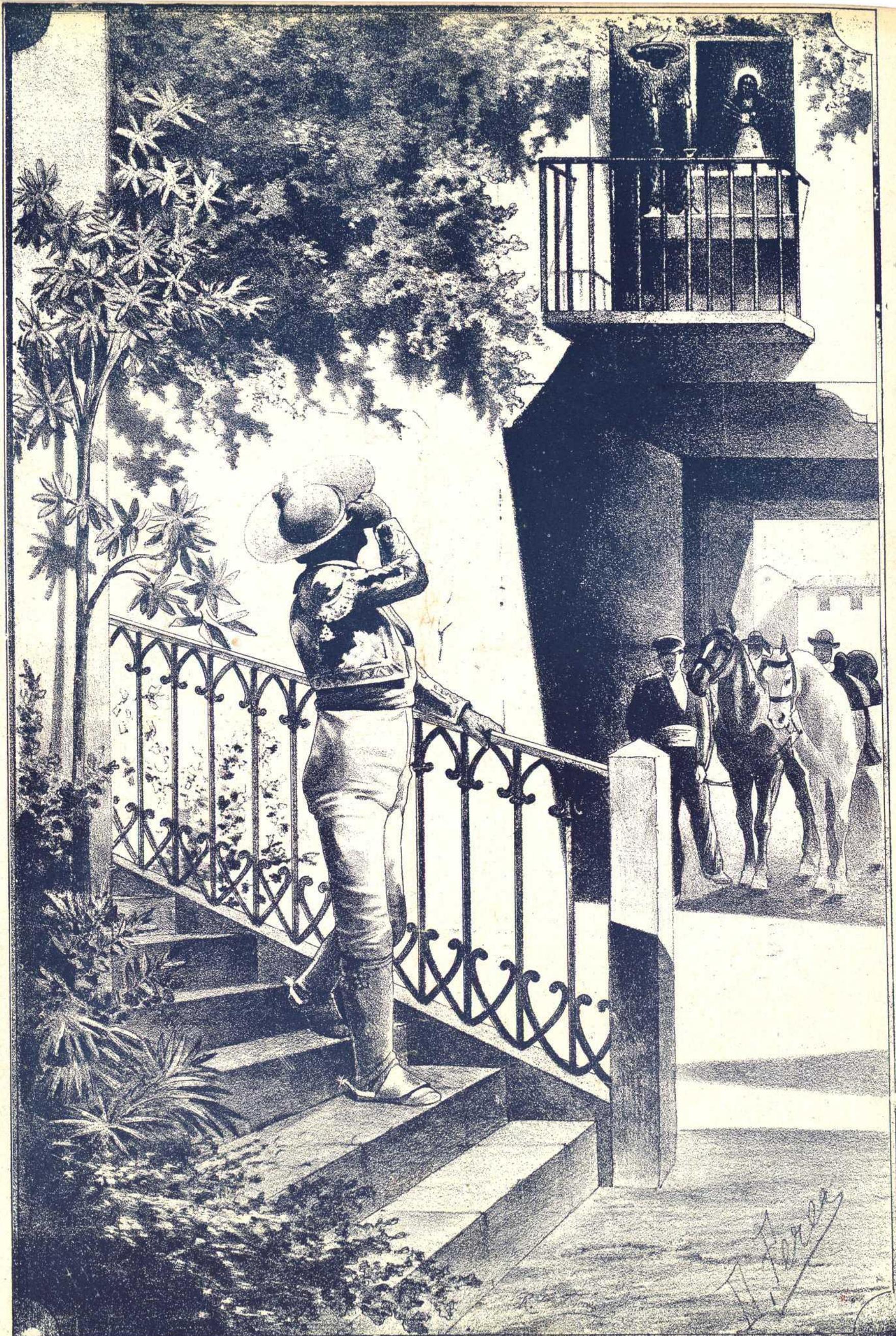
# El Ruedo



1<sup>50</sup>  
Pts

CAVEDI

...M A R C A  
...L A D E  
...M A N A  
...S E M A  
...A L  
...U R I N O  
...M E N T I O  
...S U P L E



El salir para la plaza

(Dibujo de Perca)

# El Ruedo



**DEL MIERCOLES, EN MADRID**

*Carlos Arruza dando la vuelta  
al ruedo después del triunfo  
conseguido en su primer toro*

(Foto Baldomero)

# EL LAPIZ EN LOS TOROS

Por ANTONIO CASERO



Cañitas preparando un par de banderillas



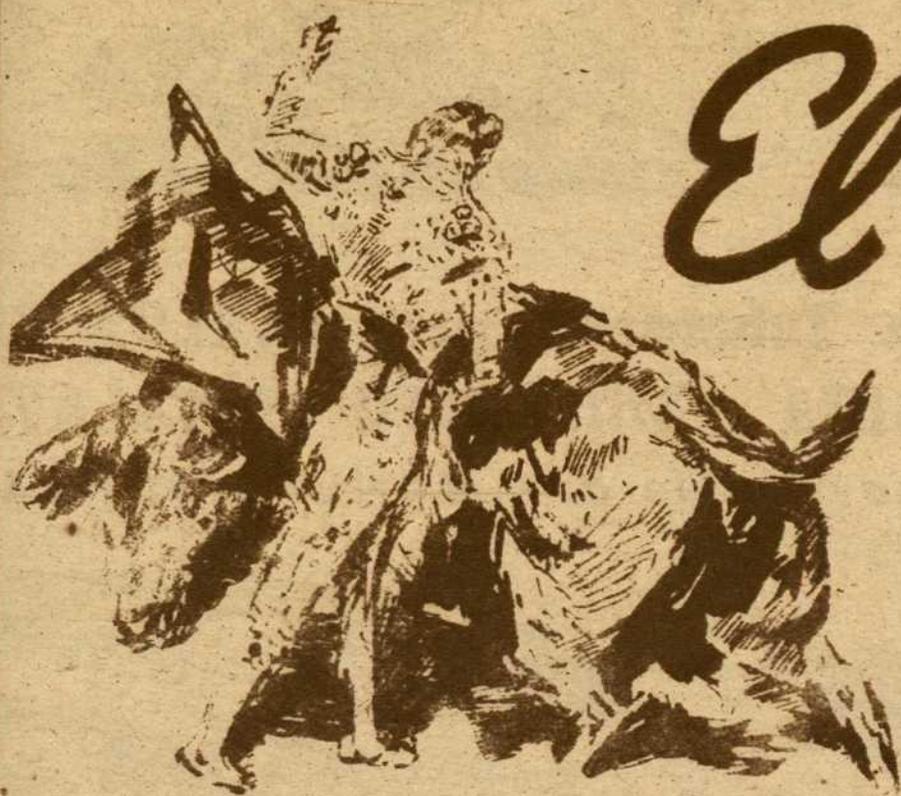
El mismo diestro durante la faena realizada con su primer toro

Antonio Bienvenida toreando de muleta a su segundo



Morenito de Talavera cambiando un par de rehilates

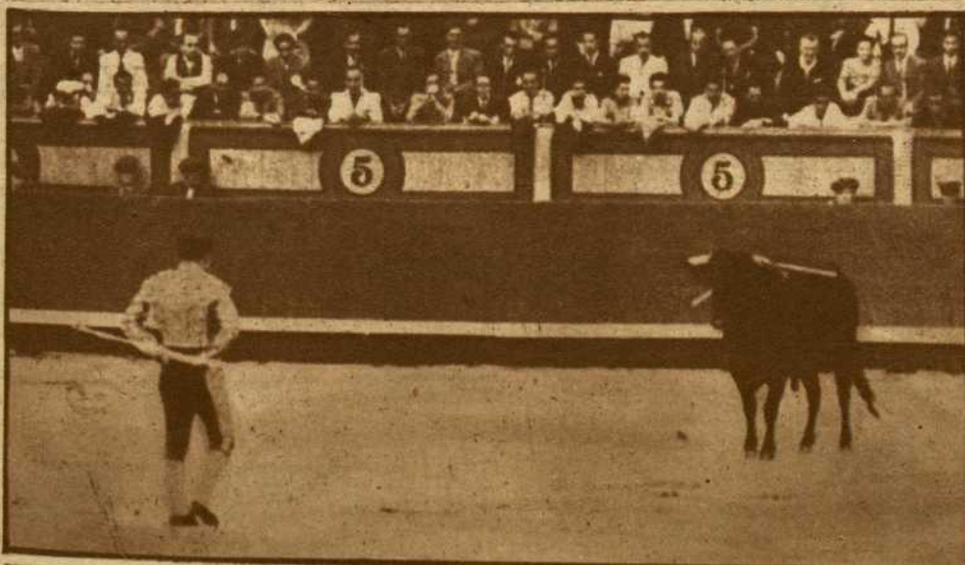
ANTONIO CASERO



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I -- Madrid, 27 de septiembre de 1944 -- Núm. 16



Dos momentos de la gran actuación de Pepe Bienvenida en el tercio de banderillas durante la corrida del miércoles 20 en Madrid: Arriba, citando al toro sentado en una silla, y abajo, llegando en forma original y personalísima hasta el toro para clavar después un soberbio par

## Pregón de toros

Por JUAN LEON



Un azar al margen de mi afición taurina me situó de pronto en Logroño cuando celebraba sus famosas ferias de San Mateo, en las que constituían el mayor atractivo tres corridas de toros a base de las máximas figuras del toreo y de las más acreditadas ganaderías.

Tiene la alegre capital de La Rioja, entre otras justas famas, la de saber organizar los mejores carteles de cada año en toda la temporada española. Una sociedad integrada por industriales y comerciantes, que lleva por nombre «La Popular» arrostra la responsabilidad de procurar a Logroño tres grandes corridas de toros que sean motivo de atracción de ferasteros y copiosa fuente de ingresos para instituciones benéficas, sin otra preocupación económica, además de la indicada, que

la de incrementar un fondo de reserva—capital social—que garantice el riesgo posible en un año adverso, que por ahora, desde luego, no se ha presentado. «La Popular» realiza sus balances anuales con brillantes superávits, pese a que los precios en una Plaza que apenas afora diez mil localidades son un 40 por 100 más económicos que en la Plaza de Madrid, por ejemplo.

Los carteles de este año, tanto por diestros como por ganaderos, han sido los más caros que puedan organizarse, y, sin embargo—me aseguraba Miguelillo, el popularísimo veterano e inteligente crítico de «Nueva Rioja» y alma inspiradora de «La Popular»—, se ganó dinero con sólo unas nueve mil localidades a la venta y a 120 pesetas las más caras.

Mi conversación con Miguelillo derivó a otros temas interesantes de la fiesta cuando yo le pregunté:

—¿Y qué me dice de las exigencias de los diestros de ahora? ¿No le parecen intolerables?

—Mire usted—me dijo con la más irónica sonrisa—en esta sección de «Nueva Rioja», que titulamos «Hace veinticinco años», lo que vamos a publicar mañana.

Y me mostró unas cuartillas en las que leí asombrado... «se celebró la tercera corrida de feria, lidiándose ganado de don Cándido Díaz, que salió bravo. Joselito Martín, en sustitución de Méndez, Valencia II y Domingo Uriarte no hicieron más que salir del paso, resultando aburrida la corrida. Los toros dieron un peso en conjunto de 1.396 kilos, unas seis arrobas y cuarto cada toro».

Al ver Miguelillo mi cara de asombro ante la sensacional retrospectiva noticia, rió de buena gana, diciéndome:

—¿Acaso cree que estos pleitos de los toros son de ahora?... Lo que acaba de leer ocurriré hará mañana veinticinco años, pero sepa que anteaer hizo otro tanto tiempo que al hacer el paseo las cuadrillas de Joselito y Belmonte, apareció en un tendido una tremenda pancarta alusiva a las «exigencias de los ases». Ellos sonrieron como diciendo: «¡A nosotros, cartelitos!... Joselito cautivó al público desde que se abrió de capa, y aunque Belmonte estuvo desastroso, los protestantes inventores de la pancarta colgaron sobre sus hombros al triunfador para pasearle así por el anillo, sin acordarse para nada de «sus exigencias». Esto ocurrió lidiándose precisamente toros de Saltillo, que, según recuerdo, no fueron mucho mayores que los que hoy han despachado El Estudiante, Manolete y Pepe Luis Vázquez. Pero también hoy ha ocurrido lo que hace cincuenta lustros, porque ellos han estado bien.

—Entonces—repliqué desolado—, ¿es inútil que hagamos campañas por toros?

Con la perfecta conformidad que da la experiencia, Miguelillo me dijo:

—Siempre es conveniente insistir. Ya sabe: «Pobre porfiado saca mendrugo». Insista, insista...

Pues por mí, que no quede injusto en la conveniencia de que los toros sean TOROS.

# La corrida del domingo en MADRID



Seis toros de Graciliano Pérez Tabernero, para CARLOS VERA (CAÑITAS), ANTONIO BIENVENIDA y MORENITO DE TALAVERA SIMAO DA VEIGA rejoneó un novillo de don MANUEL GONZALEZ

## RESEÑA

Tarde nublada. Falta poco para el lleno. Preside el señor Caruncho. Un novillo de rejones para Simao da Veiga, y seis, de Graciliano P. Tabernero, para Cañitas, Antonio Bienvenida y Morenito de Talavera.

**De rejones.**—Un bonito novillo de don Manuel González. Quedado. El caballero, obligando mucho, le coloca tres rejones sencillos (Ovación) y dos de muerte. Clava, a dos manos, un gran par. (Ovación.) Desde el caballo, un pinchazo y media estocada. El sobresaliente mata de una corta y se ovaciona al rejoneador, que da la vuelta al ruedo.

**Primero.**—Brocho y de buena presencia. Cañitas lancea valiente. Cinco varas. Quite de los matadores, con aplausos para el mejicano. Toma los palos y pierde las zapatillas. Descalzo, coloca tres pares, aguantando con gran valor. (Ovación.) Brinda en el centro y muletea, valentísimo, por altos y al natural, con poco mando y en distintos tercios. Mata de media estocada y una corta. (Ovación, vuelta y saludo.)

**Segundo.**—Algo menor. Antonio lancea, salvando las tarascadas del bicho. Tres varas y quites. Par y medio. Pasa por bajo y sufre un desarme. Tironea. Natural y el de pecho, sin centrarse. Sigue por alto, despegado y vulgar. Cinco pinchazos, media estocada y descabello. (Pitos.)

**Tercero.**—Mayor y veieto. Morenito lancea de bien a regular. Cinco varas, con codicia. Quite de Cañitas por chicuelinas. Morenito coloca un par vulgar al cuarteo. Otro al quiebro, bueno (Ovación), y un tercero con menos aguante. (Palmas.) Brinda en el centro y comienza doblando. Cita al natural y no aguanta al tercero. Termina trasteando por bajo y dos pinchazos y dos medias estocadas sin relieve. (División.)

**Cuarto.**—Astifino. Cañitas sufre un palotazo al lancear. Sobre toriles, tres faroles y larga de remate. (Ovación.) Cuatro varas. Quite de Cañitas por delante y farol. (Ovación) Intenta una larga afarolada en otro, pero el toro no se arranca. Ofrece los palos a sus compañeros. Antonio sale cuarteando, y lo mismo Morenito. El mejicano aguanta una arrancada fortísima y clava medio par. Previo permiso, un cuarto par, valiente, que se ovaciona. Cita al estribo, temerario, y torea por bajo, alto y en redondo. En uno de pecho sufre una cogida aparatosa. Se levanta y sigue por alto. (Ovación.) Dos pinchazos y media estocada. (Ovación, vuelta y saludo.)

**Quinto.**—Grande. Antonio veroniquea y remata bien. (Ovación.) Cuatro varas. Quite de Antonio por verónicas. (Olés.) Morenito, en la misma forma, oyendo aplausos, Cañitas, con gran valor, hace la estatua en dos lances y medio. (Ovación.) Dos pases y medio. Brinda en el centro y comienza por bajo. Serie al natural, movida. Otros tres más, sigulendo por alto y en redondo, con arte, pero sin demasiada decisión. Más naturales, y ya hay uno bueno. Más redondos y trasteo para dos pinchazos, media y descabello a la segunda. (Palmas.)

**Sexto.**—Negro, como los anteriores. Morenito lancea vulgar. Cinco varas huyendo y suelto siempre. Dos pares. Morenito alifa por bajo, ya entre sombras, y mata de una estocada. Cañitas sale despedido con aplausos, en hombros de los incondicionales.

**Peso de los toros.**—498, 428, 455, 432, 467 y 461 kilos, respectivamente.



Cañitas, Antonio Bienvenida y Morenito de Talavera, vistos el domingo en el patio de caballos de la Plaza de Toros antes de salir al ruedo para dar comienzo a la corrida



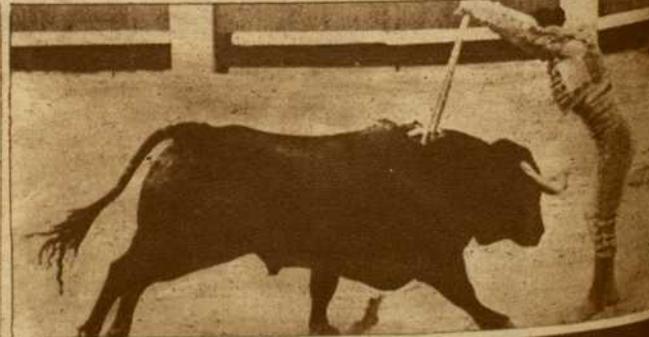
Simao da Veiga toreando a caballo, al plantar un par de banderillas durante la lidia de su novillo



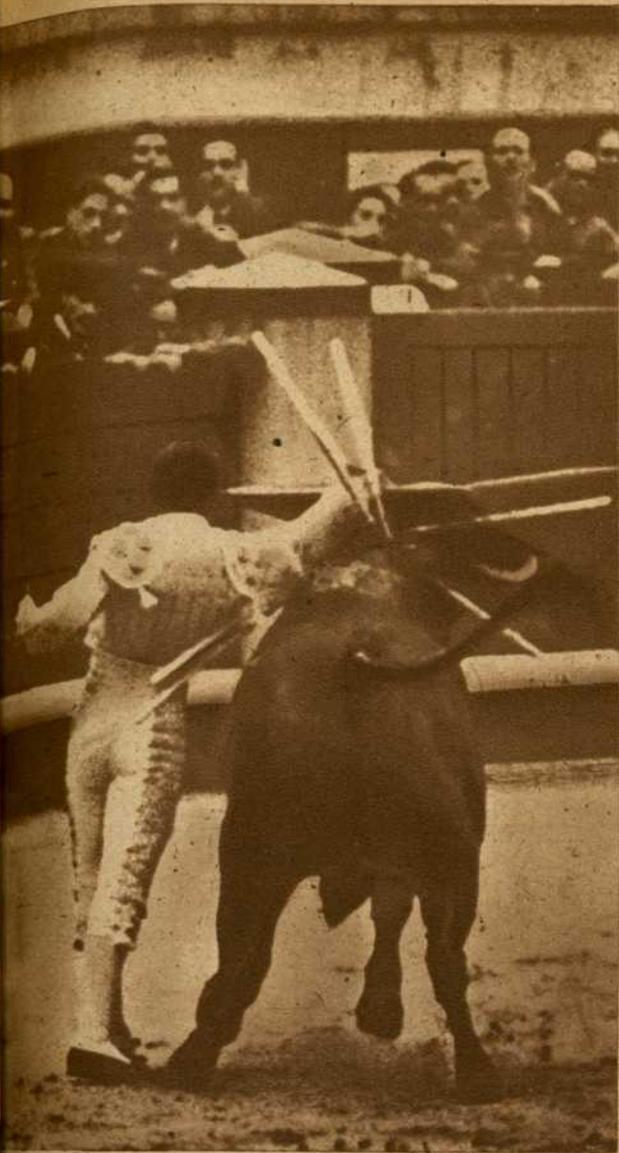
Antonio Bienvenida lanceando de capa a su primer toro el domingo



El mejicano Carlos Vera, Cañitas, citando con la izquierda para dar un natural a su primer toro



Cañitas clavando un gran par de banderillas. (Como detalle, obsérvese que le faltan las zapatillas.)



Un pase por alto con la derecha de Cañitas, cuya nota destacada de la corrida del domingo fué el arrojo y la valentía



Emiliano de la Casa, Morenito de Talavera, clava do un buen par durante la corrida del domingo en la Plaza de Madrid. (Fotos Baldomero)

## JUICIO CRÍTICO

# TOROS, Y VALOR GANA

**D**ON Graciliano Pérez Tabernero ha mandado a Madrid una corrida de toros. Hay que subrayarlo mucho esto, aunque tal cosa parezca lo justo para un epígrafe del programa. Por lo pronto, por habernos ofrecido el espectáculo de un ganado que peleó en varas, que no dobló una pata, con genio, poder, trapío y romana, vaya por delante la felicitación. Viendo el ganado parecía como si el cuadrante del tiempo hubiese retrocedido unos años, cuando la divisa azul, rosa y caña ¡ay! era de las buscadas como de relativa comodidad, claro, dentro de las características mínimas que había que encerrar en los chiqueros. Pues como si los años no hubiesen pasado, así salió la corrida. Los toros, amigos, no dejan demasiadas cosas a componer sin decir la última palabra. Por ejemplo, la figura a troche y moche. Por ejemplo, también, una buena parte de la tremenda estética del toreo contemporáneo.

Dentro de la pauta de toros que se revuelven, que aprenden, con los que hay que pelear, a los que hay que ofrecer a veces la piel en el invite, hubo un gran primer toro, noble, brocho de astas, que fué magnífico y al que sólo un gran valor se le puso por delante, quedando en el foso otras cualidades que pudieran lucir más. El sexto fué huído cobardón en varas y el peor de la tarde, a más de un lote central que se dejó torear en toro, con sus limitaciones, con sus peligros y con sus emociones.

La pelea la ganó el valiente Cañitas, si es que allí hubo alguna. El valor, por sí solo, es una técnica rudimentaria, pero completa en sus resultados, si se sale en pie, naturalmente. Cuando hay toros por delante, el de más valor lleva mucho adelantado si la decisión de los demás es sólo la necesaria. A Cañitas, a quien veía por primera vez, le sobra valor para media docena de toreros: valor aparatoso, temperamental, del que ahoga ver, porque no se sabe nunca en dónde para, en qué peligros se esconde a

cada paso. Pero si esto es la mitad del toreo, hay que dársela completa. Del resto sólo lo justo para andar por la Plaza un poco a lo trompo. Banderillero emocionante, en el que sobrecoge el aguante en la tarascada, y muletero corto, pero de los que hacen atragantar la emoción a cada pase aquí y allá. Tras un hachazo, porfía y tres faroles en toriles. Tras una voltereta, otro pase en el mismo terreno. Y tras unos quites de los demás, el aguante en tres parones emocionantes. Y el no dejarse ganar pelea alguna, poniendo en el tablero todo si es preciso. Ovociones y dos vueltas al ruedo.

Antonio Bienvenida pisa otro terreno. Buen torero de hogaño, en el finísimo estilismo, se pierde en la discreción torera por un complejo de frialdad, de resentimiento por sus cogidas. Ater peleó poco en el segundo y se le marchó el quinto sin el triunfo por la salvaguardia, a la que se asió desde que el toro le comió el terreno en los naturales, porque el poco aguante no le dejaba despegar ni mandar con plenitud. ¡Qué lástima! El toreo con salvavidas tiene esos inconvenientes, y el matar flojamente aun complica más las cosas. Aun así y en profecía o en atisbo más que en realidad, a él puede atribuirse algún momento, brevísimo, de clase.

De esta renta no puede vivir Morenito de Talavera; en la corrida no sé cuántos le hemos visto despachar en Madrid este año, corto, sin valor y con apenas oficio. Apenas un par al quiebro, apenas unos lances en quite, y nada, nada más, sino los puyazos de Relámpago y Aldeano en la tarde que una corrida de toros les hizo perder la pelea a los de aquí. Salvo el jugarse la piel, que ya de por sí vale mucho, ¡qué barata se la ganaron!

Gran monta, como de costumbre, la del cabañero portugués Simao da Veiga, subrayada con ovaciones.

EL CACHETERO

# BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Los del 3 y el 4 se asoman a las barandas cuando llegan las cuadrillas. Sobre las luces de los trajes resplandece la cascaca verde de Simao, como un mensaje adelantado del despeje de plaza.

Se llevan del centro del ruedo las tiras de tela que anuncian una marca de coñac. Y la eñe requiere

dos hombres: uno recoge la letra, y otro, la tilde.

«¡Cómo se conoce que hay fútbol!»—dice un espectador al notar los claros de los tendidos. Y otro corrige: «¡Cómo se conoce el programa!»

Cuando se rompe el rejón y brota la desplegada bandera, el aire de la plaza se llena de alegría de resortes circenses, de aparato de malabarista.

Cañitas deja las zapatillas en la arena, se le cae el pañuelo. Alguien piensa: acabará por desnudarse. Y falta poco para que acierte, porque si el toro no lo hace, no es por falta de ganas. La ropa del valiente queda hecha jirones.

¡Qué arqueo felino el de este torero con las banderillas!

Cuando Cañitas da la vuelta al ruedo le escolta su capote doblado en un perfecto triángulo amarillo.

Los espectadores pasan sobre el peldaño del tendido como sobre un puente.

A causa del huracán dice Morenito de Talavera: «Yo no he sacado mi muleta a luchar contra los elementos».

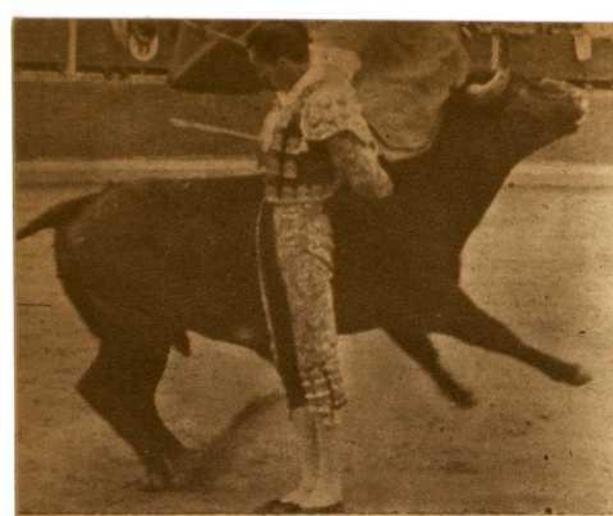
«¡Vaya un regalito!», piensan el Moreno y Antonio cuando Cañitas les invita a banderillar el toro peligroso.

Se invierten los términos, y en lugar de asustarse Cañitas de los «bichos» son los «bichos» los que se asustan de él.

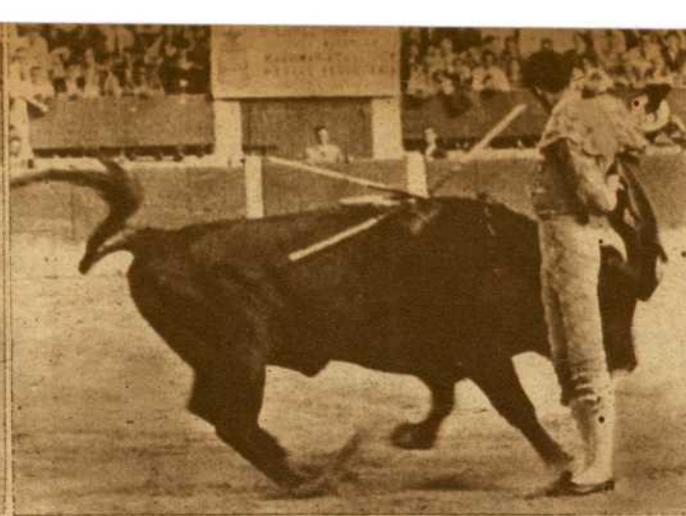
Empieza la noche cuando se hacen visibles las llamas de las cerillas en los tendidos.

En el fondo de los patios se encienden las bombillas. Son las ocho y cinco. Empieza a llover. Llevamos ciento cincuenta y cinco minutos de lluvia. ¡Nuestros nietos nos dirán cómo acabó esta corrida!

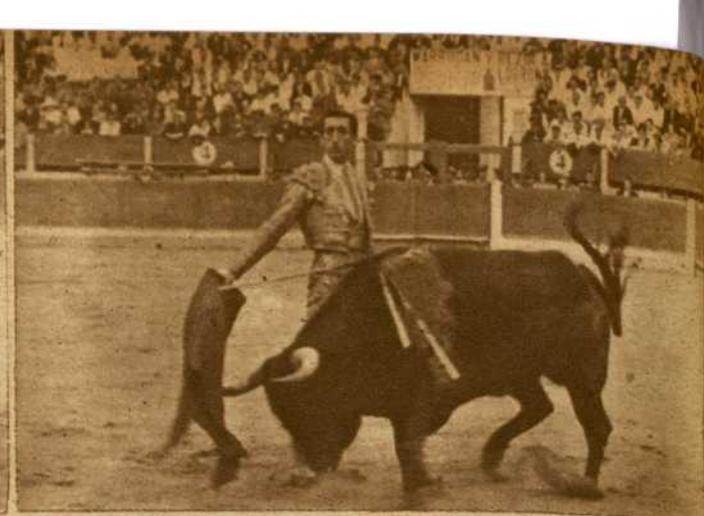




Manolete ejecutando un magnífico pase de muleta de su especialidad



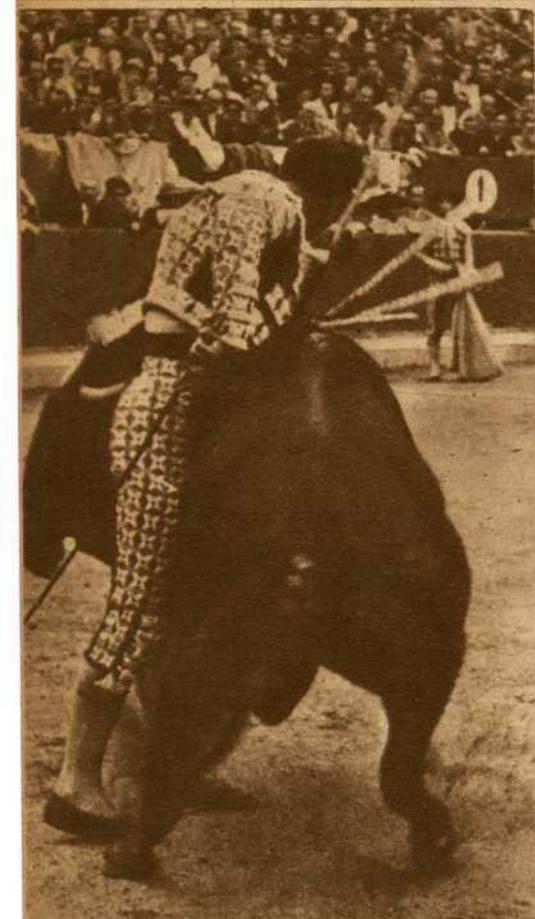
El diestro cordobés iniciando una manoletina en la faena realizada a su primero, del que cortó la oreja



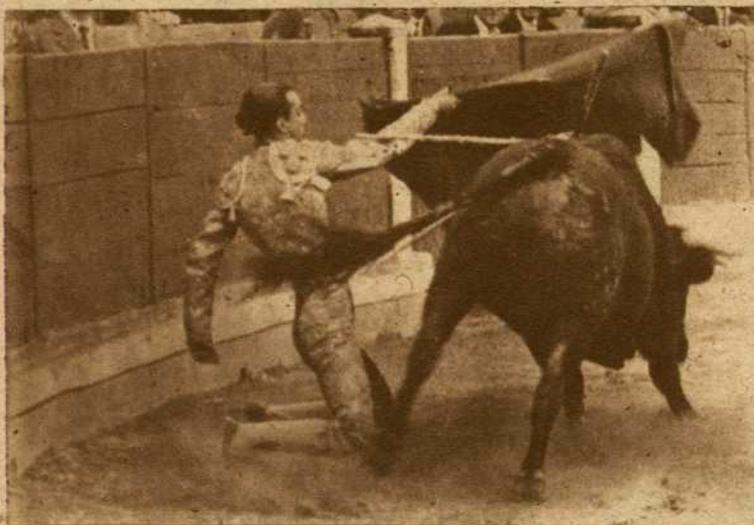
Un pase estatuario de Manuel Rodríguez a su segundo

# Las corridas de la feria de Logroño

EL ESTUDIANTE, PEPE LUIS VAZQUEZ, MANOLETE Y ARRUZA



Arruza en un espectacular muletazo a su primero.—Manolete, correspondiendo a los aplausos del público, tras la brillante faena realizada a su primero



El Estudiante, rodillas en tierra, pasa de muleta a su primero



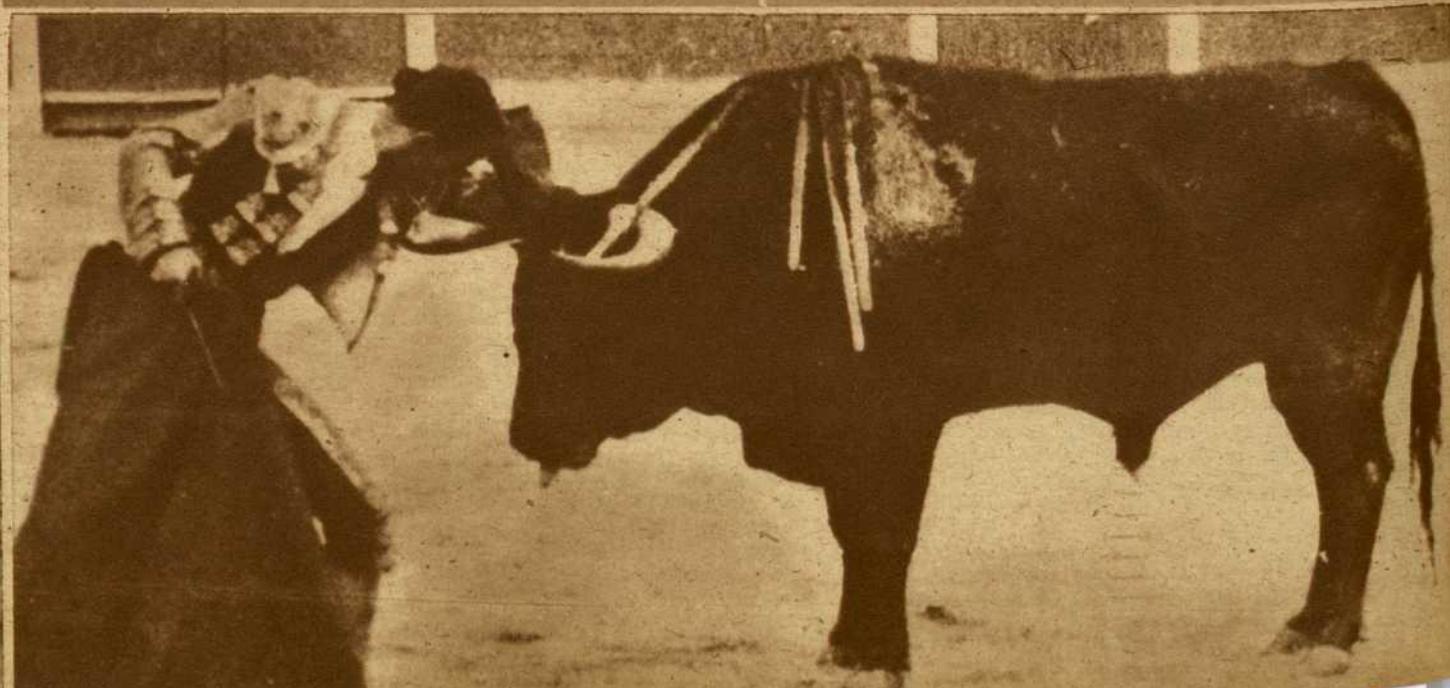
Luis Gómez iniciando un pase en redondo a su segundo



Pepe Luis Vázquez toreando a la verónica en la primera de feria de Logroño, y el mejicano en un adorno a su segundo



El torero sevillano adornándose durante la faena a su segundo toro. (Fotos Cortés Payá.)



# El Ruedo



ANTONIO CASERO

## FERMIN RIVERA, sacado en hombros en Valladolid



F. Rivera

VALLADOLID 24 (Mencheja).—Última de feria, patrocinada por la Asociación de la Prnsa. Ocho toros de Molero para Chicuelo, Fernando Domínguez, Fermín Rivera y Angelete. Plaza llena y buen tiempo. Pr side el concejal señor Barbero, asesorado por el ex matador Pacomio Peribáñez.

Primero.—Chicuelo torea distanciado. (Pitos.) Tres puyas, una recargada, y tres pares. Chicuelo torea bailarín y distanciado al toro, que es de "bandera". (Pitos.) Da unos mantazos para un pinchazo, una ladeada y tres descabellos. (Más pitos.)

Segundo.—Domínguez se hace aplaudir en capa. Angelete obtiene una ovación en quites. Cuatro puyas y tres pares. Fernando instrumenta ayudados bastante buenos, que se aplauden. Sigue por naturales, sufriendo dos desarmes, y abreviando la faena, estrada para una corta. (Palmas.)

Tercero.—Rivera veroniquea valiente. Toma el toro dos puyas y tres pares magníficos del maestro. Con la muleta hace Rivera una gran faena, en la que sobresalen cinco pases enormes por alto, dos de pecho, naturales, cambiados, etcétera, etc. Mata de una magnífica estocada que basta. (Oreja, ovación y vuelta.)

Cuarto.—Mayor que los anteriores, Angelete le veroniquea cerrado, oyendo palmas. Toma el toro tres varas y tres pares. Con la flámula hace una faena muy torera e inteligente, con naturales, derechazos, molinetes, manoletinillas, etc., para una ladeada, media buena y el descabello. (Palmas.)

Quinto.—Nada en quites ni en verónicas. Toma cinco puyas y tres pares. Chicuelo repite la faena del primero, muy distanciado y

con pases de la escuela antigua. (Pitos.) Continúa deslavazado, en medio de una bronca, para dos medias ladeadas, alargándose con el estoque la faena, entre nueva pita. Por fin descabella a la tercera.

Sexto.—Se aplauden verónicas de Domínguez. Cinco puyazos. Tres pares. Inicia la faena con dos de pecho buenos y cinco derechazos; pero después se torna prudente y precaucionista. Un metisaca, otro. (Pitos y bronca.) Una pescuicera y descabello. (Más pitos.)

Séptimo.—Rivera se hace aplaudir en su quite, y Angelete en otro. Tres varas codiciosas y tres pares muy buenos de Rivera. Con la muleta hace una faena enorme de valor y de torero. Tres formidables pases de pecho, y luego, derechazos entre ovaciones; dos ayudados, naturales ligados y, de otras marcas; manoletinillas, orteguinas, etc., con valor e inteligencia. Mata de estocada hasta el puño. (Corta la oreja y da la vuelta al ruedo entre frenéticas ovaciones.)



Angelete

Octavo.—Angelete larga tres verónicas ceñidísimas, saliendo de la última empitonado, y da la impresión de estar gravemente cogido; pero el diestro se abraza al cuerno y el toro le zarandea hasta que le derriba, sin más consecuencias. Angelete, valentísimo, repite entre ovaciones. Tres varas y tres pares. Angelete inicia la faena con un estatuario y sigue con manoletinillas y otras clases de pases, luchando con un toro que humilla y es peligrosísimo. Mata de media magnífica y otra buena. (Muchas palmas.)

Al salir de la corrida, Rivera fué sacado en hombros, y Angelete, despedido con ovaciones.

Peso de los toros en canal: 233, 225, 210, 224, 232, 261, 246 y 209 kilos, respectivamente.

## Después de la corrida del domingo en Madrid

### HABLAN LOS TOREROS

#### CANITAS



Cañitas

El diestro azteca se alberga en uno de los más cosmopolitas hoteles de Madrid. Cuando arribamos a él, el "hall" parece un escape de blondas cabelleras y de piernas eurítmicas. Entre claritas y alegres risas se habla de las nuevas creaciones de Jean Patou o del próximo guateque. Orientándonos por el dédalo

de pasillos llegamos a la habitación 575. En ella, rodeando el lecho donde reposa el torero, varias caras conocidas: los Fardón, San Miguel, apoderado de Cañitas; David Lopes, periodista de "O'Século", y Juanito, el mozo de estoques.

Carlos Vera, a pesar del varetazo sufrido, estaba sonriente y tranquilo. Se habla del ganado de la corrida, y el diestro da su opinión en estos términos:

—Los toros de don Graciliano salieron con mucha casta, aunque el segundo de mi lote tenía la dificultad de vencerse por el lado derecho.

—Pues no pareció amilanarse tal defecto—aduce uno de los presentes.

—Es que para triunfar en los ruedos españoles no hay que reparar en los obstáculos que los toros puedan presentar.

—¿Contento del público?

—Mucho. Su benévolo trato para conmigo me ha permitido estar hoy mucho más seguro que



ANTONIO BIENVENIDA

Llegamos a M. de Talavera su domicilio,

casi pisándole los talones, adelantándonos al grueso de los incondicionales de la casa.

Saludamos a don Manuel en su rincón favorito: la galería, pléyrica de macetas y plantas. El "Papa Negro", siempre correcto y amable, parecía preocupado y con pocas ganas de conversar. Antonio, ayudado por la solicitud maternal, se dedicó a las higiénicas y tonificantes abluciones. Tan sólo logramos romper el mutismo de Antonio para que nos dijera que sus dos toros le habían parecido muy bravos y que tampoco esta tarde había conseguido quebrar la mala racha de su suerte.

Entonces comentó el maestro Sassone que en idéntica situación se vió Chicuelo a poco de doctorarse, y, sin embargo, una tarde encontró el buen camino y dió en la Plaza vieja la faena más completa de su vida.

#### MORENITO DE TALAVERA



A. Bienvenida

Que la corrida no le había quitado el apetito, nos lo demostró Emilia, no dando buena cuenta de una fuente de apetitosas lonchas de jamón, rociada de vez en vez con un oloroso vinillo. Y cuando el hombre satisizo las necesidades de su estómago, se volvió a a tender en el muelle lecho, refiriéndose a su cometido, habló así:

—Esta tarde salimos los tres diestros dispuestos a poner de nuestra parte cuanto fuera preciso para agradar al público. Este que se hallaba en magnífica disposición para no regatearnos sus aplausos, nos alentaba a cuajar una buena tarde de toros.

Pero, salir mi primer toro y desatarse el viento huracanado, todo fué uno. El aire, mucho más peligroso que el astado, me impidió torear a gusto.

En cuanto al segundo, manso de media arrancada, aunque sin excesiva peligrosidad, tuvo el inconveniente de que apareciera cuando ya en el ruedo no nos divisábamos unos a otros. De aquí que juzgara como más sensato abreviar lo antes posible. Salí decidido a dar la tarde y la tarde me la dieron a mí el viento y mi mala suerte.

F. MENDO

## En Cádiz cortan orejas los tres matadores

CADIZ 24 (Mencheja).—Reses de Belmonte, manejables.

Primero. Rebujina resulta volteado, sin consecuencias. Dos varas y un refilonazo. Tres pares de banderillas. El Choni es derribado y pisoteado al hacer un quite, resultando lesionado en el estómago. Rebujina ton a superiormente por naturales, ayudados y molinetes. (Mata de dos pinchazos y media estocada. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)



N. de la Palma



El Choni

Segundo.—Los tres espadas son aplaudidos en quites. Tres pares. El Choni realiza una gran faena. Mata de un pinchazo superior y una estocada atravesada. (Ovación, petición de oreja y vuelta al ruedo.)

Tercero.—Tres varas. En quites se ovaciona a Rebujina y al Niño de la Palma. El Niño de la Palma realiza una faena que se ovaciona sobresaliendo seis naturales y varios de pecho y ayudados. Señala bien dos pinchazos. Media estocada y descabella al segundo golpe. (Ovación y saludos.)

Cuarto.—Cuatro varas y tres pares. Rebujina realiza una faena con pases de todas las marcas, entusiasmando al público. Agarra una estocada de la que rueda el novillo sin puntilla. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

Quinto.—Tres varas y tres pares. En quites son aplaudidos los tres espadas. El Choni realiza una gran faena de muleta. Mata de una estocada superior. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

Los matadores son obligados a salir al centro del ruedo, escuchando una prolongada ovación.

Sexto.—Cuatro varas y tres pares. Gran faena del Niño de la Palma, en la que sobresalen varios naturales y molinetes. Al iniciar un ayudado es alcanzado por el muslo derecho, sacando rota la taleguilla. Sigue más valiente y mata de media estocada. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

En su primero, que tuvo malas condiciones para la lidia, fué ovacionado, y en el segundo, cortó oreja.

## NOVILLADA EN MONOVAR

MONOVAR (Alicante) 24 (Mencheja).—Novillos de Pedro Hernández para el rejoneador Alfonso Torres y los novilleros José Ripoll y José Poveda. (Platerito).

Rejones.—Alfonso Torres estuvo bien con banderillas y rejones. Ple a tierra atizó dos pinchazos y media, siendo muy aplaudido. Lidia ordinaria.

Primero.—Ripoll, faena vistosa con la muleta. Con el estoque, media bien puesta. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

Segundo.—Poveda, faena muy cerca por altos y manoletinillas. Un pinchazo, media y descabello. (Ovación y petición de oreja.)

Tercero.—Ripoll realizó una faena valiente, al son de la música. Estocada superior. (Ovación y vuelta al ruedo.)

## Exito de Juan Bayo

CADALSO DE LOS VIDRIOS. Novillos de Juan Zamorano. Juan Bayo Fuentes, único matador toreó magistralmente con la capa, y con la muleta ligó una faena que entusiasmó al público.

En su primero, que tuvo malas condiciones para la lidia, fué ovacionado, y en el segundo, cortó oreja.

Cuarto.—Poveda, faena muy valiente y muy cerca. Un pinchazo y media en las agujas. (Ovación y saludos.)

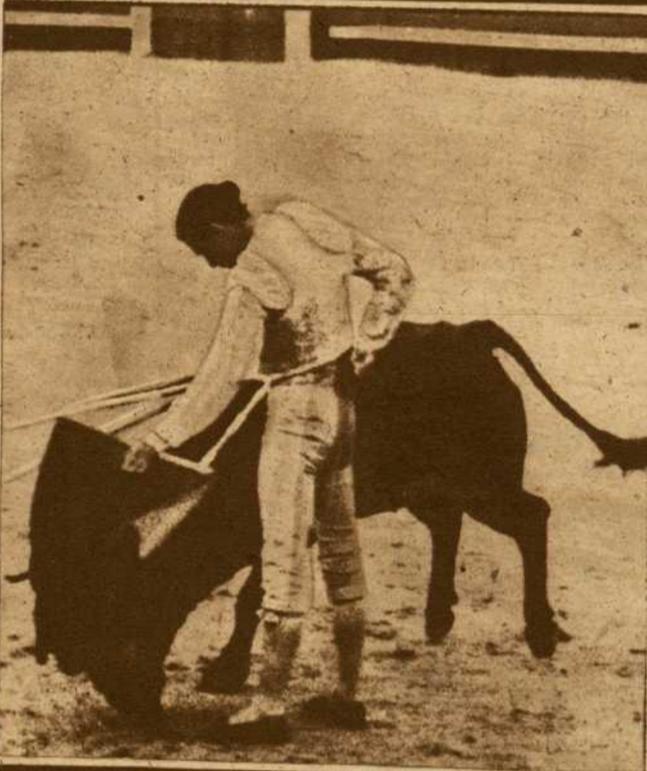
Peso de los novillos: 129, 139, 133, 139 y 145 kilos, respectivamente.

# Cartel del miércoles en Madrid



Un molinete de rodillas de Carlos Arruza en su triunfal tarde del miércoles. Este mulatazo fué uno de los que más impresionaron al público de la Monumental, aun' a ese sector de público enemigo del toreo con las rodillas en tierra

Pepe Bienvenida salió, con Arruza, en hombros, porque toreó bien, banderilleó magistralmente y mató con estilo. Este mulatazo de Pepe fué muy bueno



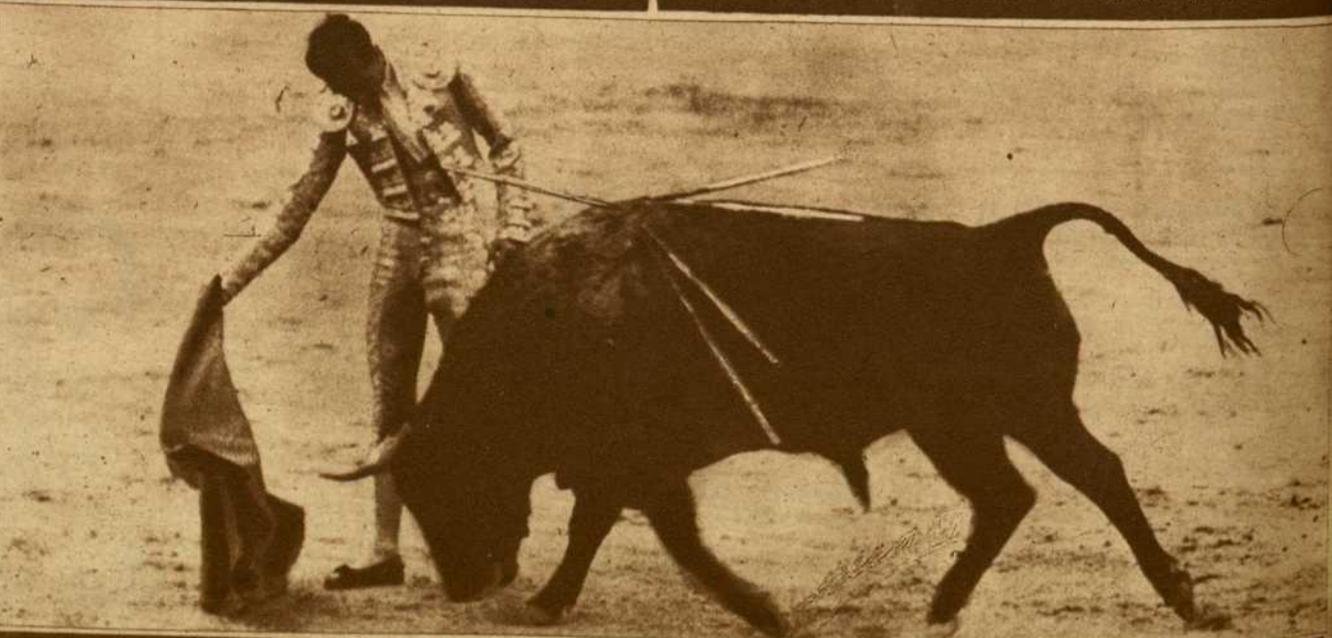
El mejicano en un buen pase natural



Un magnífico par de banderillas de Carlos Arruza



Aunque Arruza no consiguiera el miércoles el éxito del día de su presentación con las banderillas, clavó pares excelentes



Como este derechazo dió muchos Arruza en la corrida del miércoles. Sus faenas fueron variadas y artísticas. Además, el matador mejicano dió a su actuación un sello personalísimo y demostró que los toreros valientes pueden torear muy bien y hacer grandes faenas

# Seis toros de Alipio Pérez Tabernero para PEPE BIENVENIDA, CARLOS ARRUZA y ALEJANDRO MONTANI



Arruza, Montani y Pepe Bienvenida, segundos antes de hacer el paseo. Montani, que confirmaba su alternativa en Madrid, parece más preocupado que sus compañeros y no se decide a colocarse el capote, como si presintiera que su actuación no iba a ser afortunada (Fotos Baldomero.)



Alejandro Montani recibe estoque y muleta de manos de Bienvenida



Arruza en un pase de pecho a su segundo



Dudamos mucho que sea posible torear más cerca. Ese natural de Arruza fué uno de los más limpios y acabados que dió el torero americano en su gran tarde del miércoles en la Monumental



Pepe Bienvenida, en un magnífico muletazo al toro del que cortó la oreja. Bienvenida toró con reposo y auténtico arte a este toro



Terminada la corrida, unos espectadores, fervorosos admiradores de Pepe y de Arruza, sacaron a los matadores en hombros. Ese hombre que se lleva las manos a la cabeza puede ser un admirador sincero del valor de Arruza o el mozo de estoques del mejicano, que teme por la integridad del traje del matador

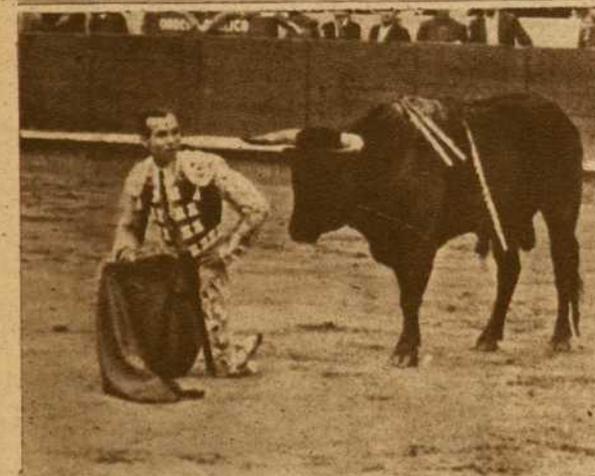
# CARTEL DE BARCELONA



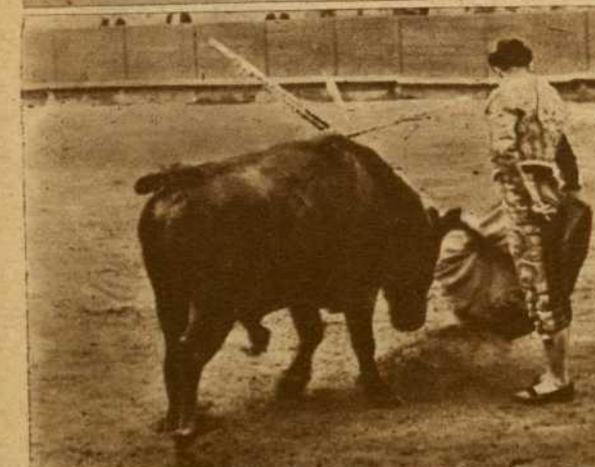
Pepe Luis Vázquez, Arruza y Ortega momentos antes de empezar la corrida



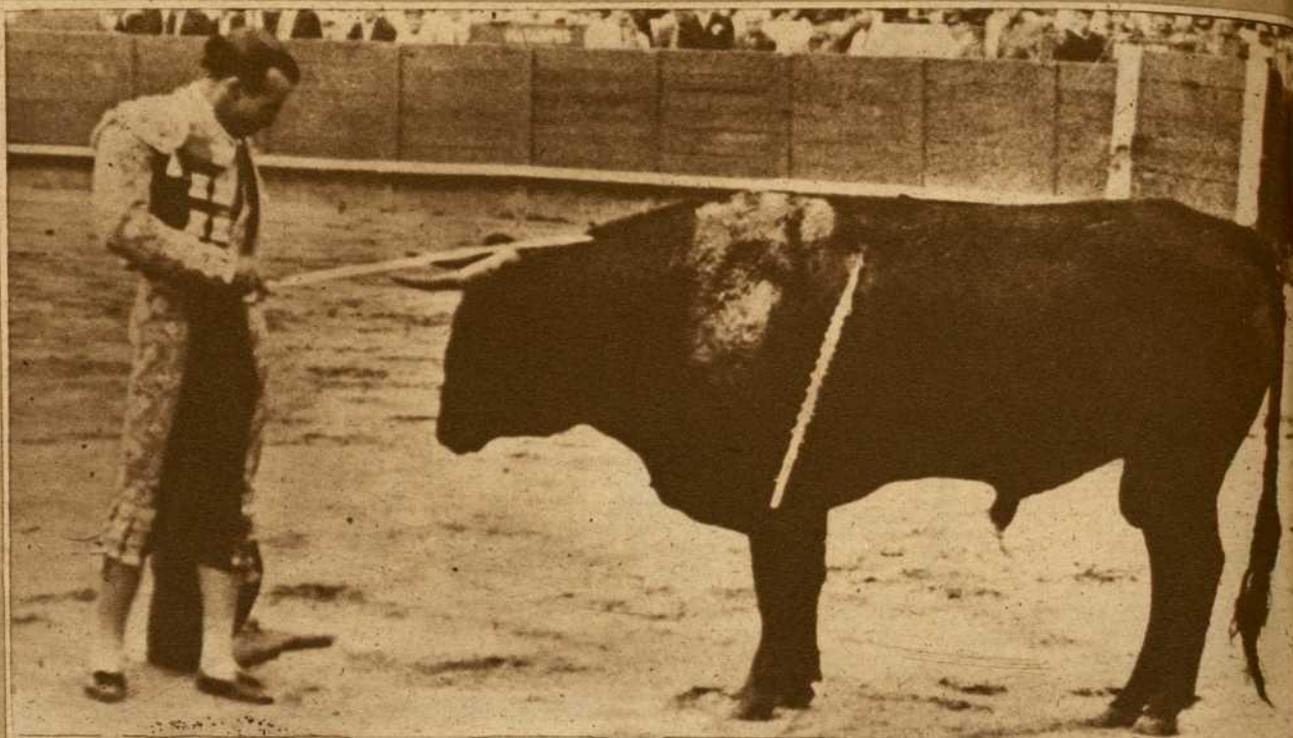
Alvaro Domecq clavando un rejón



Domingo Ortega en un despiante al toro que cortó la oreja



Pepe Luis Vázquez toreando por naturales



Ortega interrumpe la faena de muleta con este adorno

## RESEÑA

Primera de feria de la Merced, a beneficio de los ex combatientes. Tarde amenazando lluvia y un llenazo de época.

Rejones: Escolado, negro, bien puesto, todo un toro. Don Alvaro Domecq llega a él valientemente entre grandes ovaciones. Cuatro rejones y dos pares de banderillas en todo lo alto, y al segundo rejón de muerte lo mata fulminantemente. (Ovación grande y saludos.)

Lidia ordinaria: Primero.—Huerfano, negro, bien puesto de defensas y terciadillo. Cuatro varas, sobrando la última, y animado tercio de quites, en el cual se lucen los maestros.

Queda un toro ideal para la muleta, y Ortega lo aprovecha en una faena dominadora, torera y finísima, con manoletinas, poses de pecho, adaralados y adornos, pues queda de espaldas a la res a medio metro durante largo rato. La faena es amenizada por la música.

Un pinchazo muy bueno, una casi entera con descabello. (Ovación, oreja, vuelta y saludos.) Segundo.—Tamborero, negro tostado, más toro y con mucho velamen en la cabeza. Cuatro varas, tres matas de remate, por un quite ataralado de Arruza, ganeros de Ortega.

Bien pareado, con dudoso estilo, pasa a manos de Pepe Luis, que se limita a una faena de alivio muy breve. Media delantilla y descabello a la tercera.

Muestras de disgusto en el Senado. Tercero.—Relojero, negro, gordo, abierto de cuna. Dos varas y lleva a todos de cabeza. Cinco varas, volviendo la cara y saliendo suelto, y nos quedamos sin quites.

Arruza hace faena inteligente y reposada, muy cerca y con adornos, sin lograr que pose el morito, y el respetable aplaude sus buenos deseos. Un pinchazo quedándose la res, y a continuación un estoconazo, que la fulmina. (Ovación.)

Cuarto.—Mentiraso, negro, grande y bien armado. Sale cojeado, y se arma la de San Quintín; pero pasa cca dos varas entre una bronca imponente.

Los pares de banderillas. Ortega quiere hacer faena; pero el público arrea en sus protestas y se lo priva. Pinchazo sin soltar, una entera y descabello a la quinta.

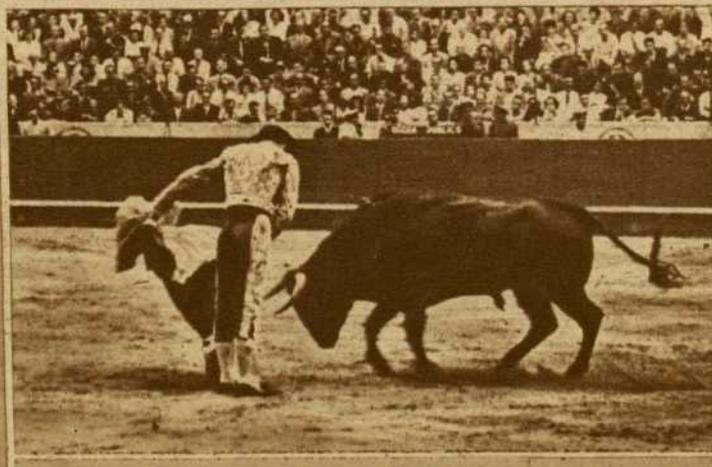
Quinto.—Mantecoso, negro, buen tipo. Tres varas con mucho poder y recargando. Quite torerísimo de Pepe Luis y otro de Arruza de modalidad desconocida, bello y perfecto.

Tres pares relámpagos, y Pepe Luis sale con ganas a por el desquite. Faena muy torera a los sonos de la charanga, poses de pecho, molinetes, en redondo, adornos pintureros.

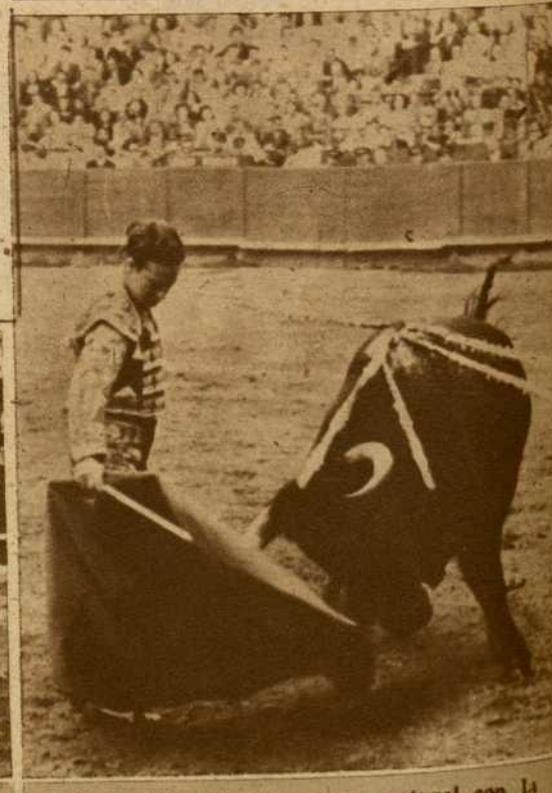
Media muy buena y descabello a la primera. (Ovación.) Sexto.—Olendido, negro, gordo, con buena talla. Dos varas de castigo; chicuelinas formidables de Arruza y verónicas de Ortega. Tres pares del mejicano enormes, a cual mejor.

Faena epopéyica. Arruza emborracha con la muleta.

Una estocada hasta las cintas, saliendo prendido y volteado de tanto atracarse. (Ovación y oreja.)

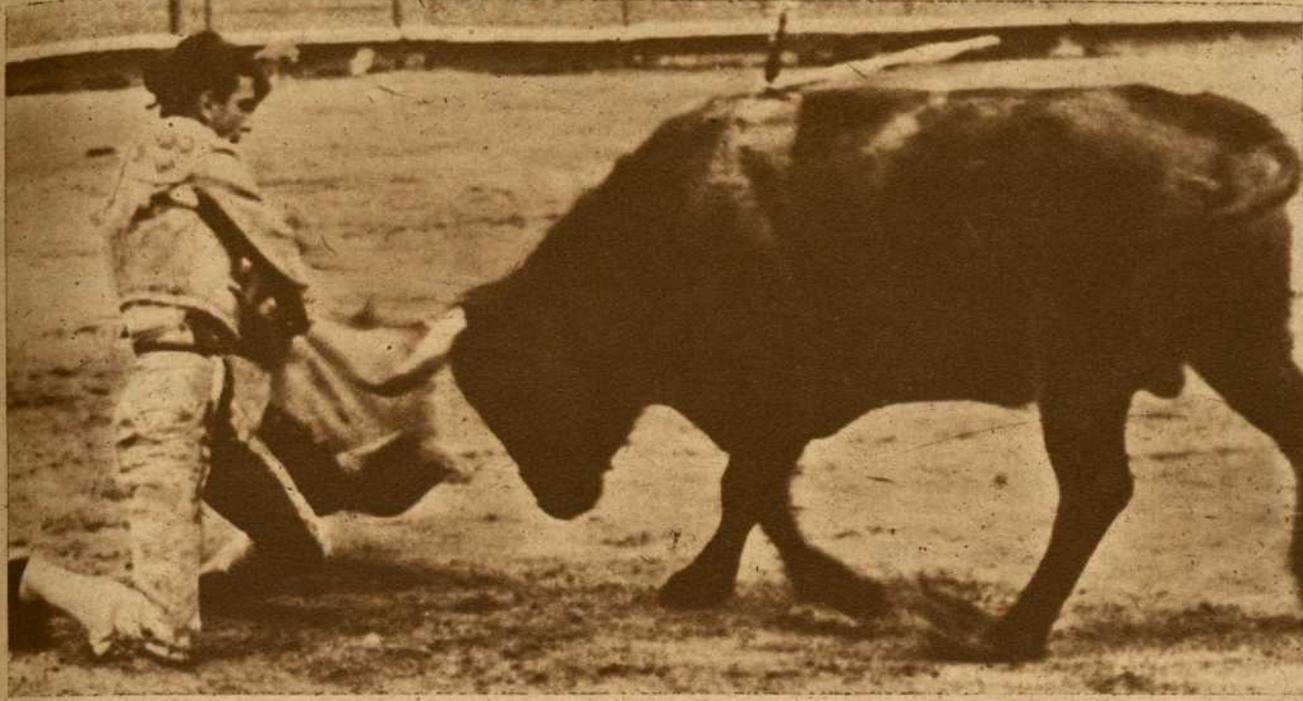


Ortega toreando por verónicas a su primero



Pepe Luis Vázquez en un natural con la izquierda

# Seis toros de Murube y uno de Rodríguez para Alvaro Domecq, Ortega, Pepe Luis Vázquez y Arruza



Arruza, rodillas en tierra, muleteando uno de sus toros, del que cortó la oreja

## JUICIO CRITICO

Hemos comenzado con buen pie esta Feria de la Merced, que estaba llamada a ser sensacional y ha quedado reducida a tres buenos carteles.

La tarde no ha sido completa, pues de no mediar la actuación de don Alvaro Domecq, se hubiera podido dictaminar con estricta justicia el clásico "mitad y mitad".

Pero el caballero jerezano, genuina expresión del sabroso toreo campero andaluz a la jineta, inclinó la balanza con la más perfecta y lucida actuación que le hemos visto en nuestro primer ruedo. Mucho se le aplaudió, pero a nuestro parecer aún poco.

Luego, los maestros de a pie tuvieron un toro propicio y otro nefasto, por riguroso turno.

Ortega triunfó en su primero rotundamente; lo halló noble y de buena calidad, y en plan de maestro que puede torear con los ojos vendados, nos ofreció una faena formidable. Ya es imposible lucir más dominio, conocimiento y sereno valor, pues se hartó de acariciarle la cepa y se adornó como quiso, a medio metro de los pitones, haciendo caso omiso del tiempo. En su segundo, la horrisona y general protesta del respetable le aconsejaron abreviar, y se quitó el "cojo" de encima con prontitud y decoro. Sigue en su lugar inmejorable don Domingo Ortega.

Pepe Luis no tuvo materia aprovechable en su primero y lo despachó con prontitud, siendo pitado por los que saben lo que vale y esperan siempre lo que se puede esperar de él. Se desquitó en el segundo y nos hizo una faena pinturera, alegre, para lograr los aplausos que otro no hubiera podido arrancar de un público agraviado.

Arruza sigue en plan de "amo". Su primer enemigo fue muy "ful", y pese a ello ganó una ovación. El triunfo del mejicano llegó en el último de la tarde, para que fuera broche aurífero de la corrida: quites, banderillas y faena de muleta resultaron algo de excepción, y de nuevo se volvió a pedir la oreja sin que el matador entrara a matar. Como la estocada, fué algo apotósico, no se tuvo en cuenta la mala suerte en el descabello, y se le otorgaron las dos orejas, la ovación de la tarde y la salida triunfal.

Bien presentados los murubes, pues sólo el primero fué terciadillo y dejó algo que desear en materia de tipo. No tuvieron dificultades, pero sólo se dejaron torear bien.

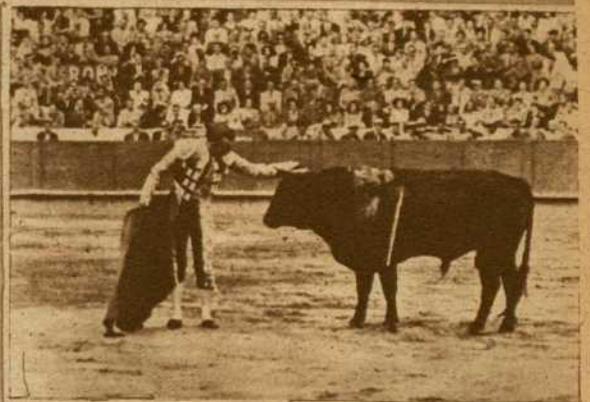
El peso de los toros, en canal, lidiados en la corrida, fué el siguiente: 193, 242, 209, 254, 276, 263 y 259.



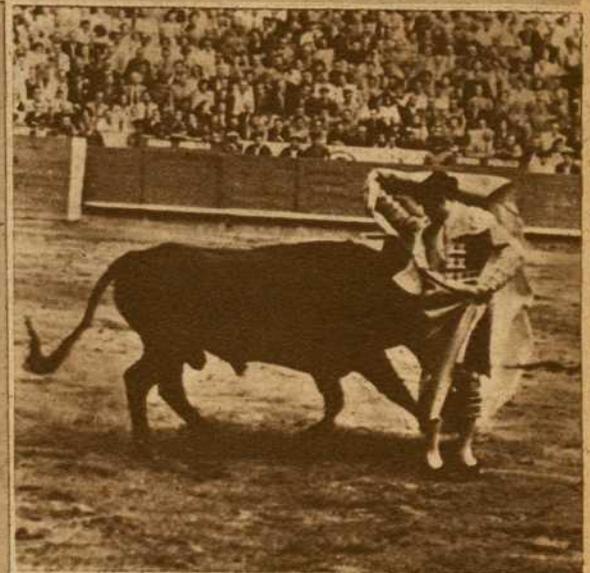
Arruza toreando por naturales



Arruza inicia la faena de muleta de rodillas



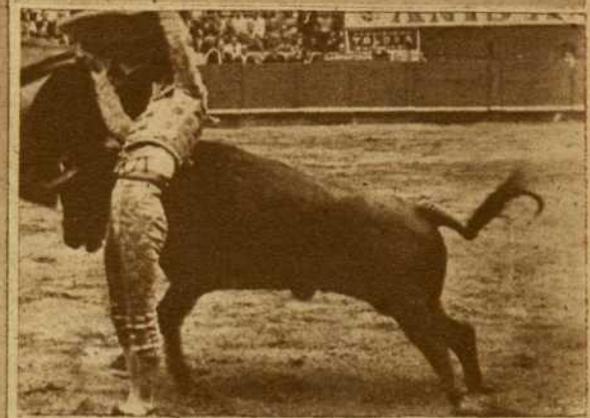
Ortega en un adorno a uno de los toros de tanda



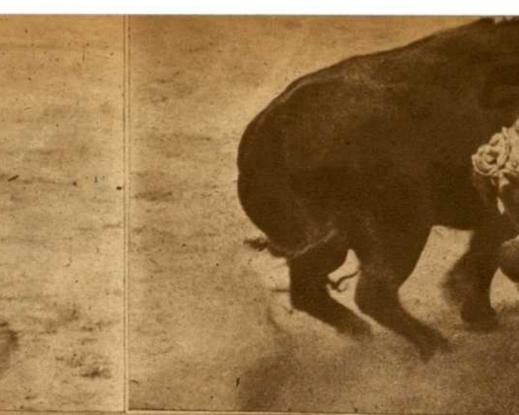
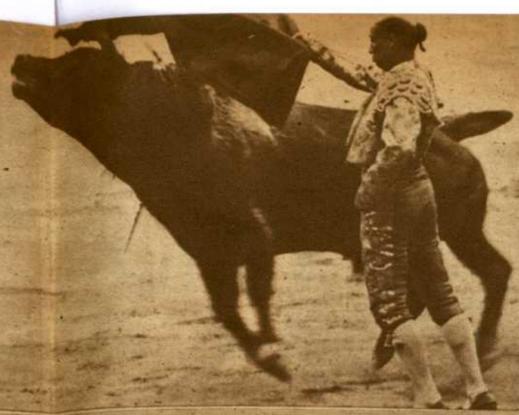
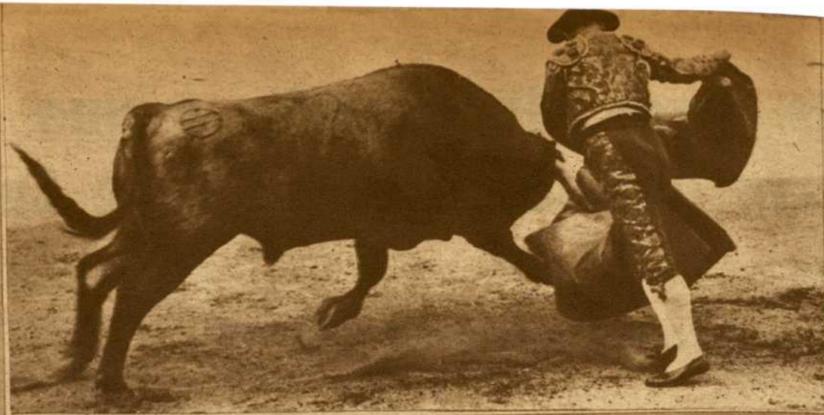
Pepe Luis Vázquez toreando por chicuelinas



Ortega en un natural con la izquierda



Arruza toreando por faroles



# LOS CUARENTA Y CINCO AÑOS DE VIDA TORERA DE RAFAEL EL GALLO

## Tomaba el barco para América como el que coge un tranvía

XVI

### La fortuna viene y va...

CUANTAS veces ha hecho usted «la América», Rafael?  
—Muchas. He pasado en aquellas tierras las temporadas del 1902 al 1914 y del 1921 al 1935. Años enteros he vivido allí y conozco aquello mejor que España. América me la sé de memoria, de pitón a rabo.

—¿Y habrá ganado usted...?  
—No se. Bastante dinero. Unas veces nadábamos en la opulencia; otras, estábamos sin un real. Nótese cómo pluraliza El Gallo. El no dice «gané», sino «ganamos»; «gasté», sino «gastamos». Como que el dinero, que era suyo, era de todos.  
—¿No podríamos hacer un cálculo?  
—¡U! No me hable de matemáticas.  
Lo hacemos nosotros, con el auxilio del sobrino, José Ignacio Sánchez Mejías. Se le puede suponer muy bien, en un término medio de épocas buenas y malas, cuatrocientas mil pesetas por temporada: multipliquen ustedes por cuatro y salen, salvo error u omisión, diez millones mondos y lirondos. Y es que El Gallo ha ganado, en conjunto, más que ningún otro torero. Y lo que, probablemente, le queda por ganar todavía. Porque nuestro hombre tiene, en los asuntos económicos, como en todo, los dos extremos. Parece poseer el imán de atracción de la fortuna y parece estar sujeto también a una fuerza contraria; a un viento a cuyo empuje irresistible se van por el aire los cientos, los miles, los millones...

### Manera de resolver una duda

—¿Lo que habrá usted vivido y pasado en América?  
—¡Usted verá! Yo cogía el barco para Nueva York como el que coge el tranvía.  
—¡Ah! ¿Es que se iba usted derecho a Nueva York?  
—Era la combinación que más me gustaba. Embarcábamos en Francia, en el puerto de El Havre. Y de allí, pum, pum, por las olitas del mar, hasta dar vista a la estatua de la Libertad. Me he llegado varias veces hasta las cataratas del Niágara. Aquello es grande.  
Esa expresión de coger el barco como el que coge el tranvía no puede ser más exacta. A lo mejor, sin acabar en España la temporada, hacía las maletas en un dos por tres y emprendía el viaje, como casi siempre, a lo que saliera, a la ventura, sin la preocupación de asegurarse unas contratas allí antes de partir. En una ocasión, sin embargo, El Gallo estaba indeciso. Le habían hecho proposiciones del otro lado del mar, y él, que tantas veces se había ido sin

más inquietud que la de llegar a tiempo al punto de partida, dudaba, no acababa de determinarse. Así pasaron unos días, hasta que llegó un domingo en que toreaba Rafael. Llegó la hora del brindis y se dirigió, montera en mano, a Juan Belmonte, que ocupaba una barrera. Los espectadores cercanos al famoso trianero se dispusieron a escuchar las palabras de «El divino calvo». Este se dirigió a «Juanito Terremotos», y en lugar de brindarle la muerte del toro, lo que hizo «fué decirle:  
—Oye, Juan, me han hablado de ir a América, ¿qué te parece?  
Belmonte, tan buen amigo de El Gallo a lo largo y a lo ancho del tiempo, quiso enterarse de las condiciones, y así, quedó entablado un diálogo que unos pocos oyeron llenos de asombro y los más supusieron un brindis de aquellos kilométricos en los que era especialista Rafael. Al cabo, Belmonte dió su opinión:  
—A mí me parece bien, hombre.  
—Pues no se hable más. Vamos al toro, primero, y a América después.  
Y así fué. Al día siguiente subió al tren y poco más tarde cogió el vapor. Como el que coge el tranvía.



### El Gallo, lidiador de cebús

—Le habrán sucedido a usted unas cosas...  
—Unas que me han sucedido y otras que me han adjudicado y que puede usted desmentir rotundamente, porque yo no hice nunca el payaso por allí.  
El Gallo se refiere a una época de su vida en que algunos periódicos publicaron telegramas e informaciones que referían supuestas andanzas de

Rafael en América. Estas falsas noticias nos le pintaban unas veces haciendo un número de toro de salón en un escenario, sobre el que hacía faenas completísimas... una silla. Otras, era El Gallo, vestido de stonadors, subido en un coche de titiriteros, haciendo el desfile de propaganda para un circo ambulante. Otras, era el dueño de una confitería en Lima...

—No, señor. Ni he sido confitero, ni he actuado en los teatros, ni he figurado en ningún circo, ni he toreado búfalos...

—Pues, sobre esto de los búfalos, yo había leído...  
—Algunas mentiras de las muchas que han circulado sobre mí. Lo que sí toréé una vez fué un cebú, que no es un búfalo precisamente.

—¿Dónde fué eso?  
—En Tampa, Florida. Los cebús son bravísimos y se les puede torar. Yo lo hice en un cerrado con palos que se improvisó; una faena buena, que entusiasmó a todos los que la presenciaron y que eran personas que en su vida habían tenido ocasión de presenciar una cosa parecida, como no fuera en alguna película.

### Historia del palo de una silla

Lo que sí ha pasado El Gallo es alguna temporada apuradilla, consecuencia de otras en que no tuvo suerte, no estuvo bien y no le daban corridas.

—En una época de éstas se encontraba actuando en Méjico mi gran amigo y gran actor, el eminente Ricardo Calvo. Llegó el día de la función de su beneficio y estaba yo muy preocupado porque no veía el modo de quedar bien con él haciéndole un regalo digno. ¿Y sabe cómo salió del apuro?  
—Usted dirá.  
—Con el palo de una silla.  
—Francamente, no lo entiendo.  
—Fué a mi banderillero Moyita a quien se le ocurrió la idea, y él mismo fué a llevárselo a Calvo en mi nombre. Ricardo se hizo cargo de él con gran emoción. Se le saltaron las lágrimas. Ya sabía yo que habría de estimar el regalo aquel más que ningún otro.

—Bueno, ¿pero es que el palito era de una silla de oro, pertenecía al trono de algún emperador o qué?  
—No, señor. Era un palo de madera de una silla... histórica. En esa silla realicé yo en Valencia una faena de muleta que presencié Ricardo Calvo y que muchas veces me había recordado luego. Moyita, en recuerdo de aquella tarde, arrancó el palo de marra de la silla y desde

entonces lo llevé siempre conmigo, en todos mis viajes, hasta que se lo regalé al famoso comediante, que me consta lo conserva y no se desprenderá jamás de él.

### Un viaje en autobús

Moyita, como el Almanseño, ha sido testigo y partícipe de muchas de las venturas y desventuras americanas de Rafael. Una tarde, en el bar que el popular mozo de estoques de Rafael, Serranito, tiene en Madrid, me decía el magnífico banderillero:

—Es un hombre aparte. Recuerdo que en una ocasión nos encontrábamos en La Habana. Le habían puesto allí setenta mil dólares. ¿Querrá usted creer que para regresar a Méjico, donde tenía formadas unas corridas, hubo que pedir un anticipo a la Empresa?

—Las cosas de «El Calvo».  
—No. Por aquellos sitios no le conocen así. Allí le llaman «El Pelao». En Méjico le pasó a El Gallo una cosa muy chocante. ¡Lo que me pude yo reír!

—A ver, a ver...  
—Estaba en una de sus rachas buenas, y la gente se lo comía por las calles. Era el ídolo. Subimos a un autobús. Allí los cobradores tienen la costumbre de nombrar las calles por las que va cruzando el vehículo. La primera se llamaba, ¡mire usted qué casualidad!, «Rafael», y la segunda, que venía en seguida, «Arte». De modo que el empleado, a poco de subir nosotros, gritó:

—¡Rafael!  
—El Gallo se volvió sonriente y halagado. Y cuando aun estaba mirando agradecido al cobrador, éste gritó:  
—¡Arte!

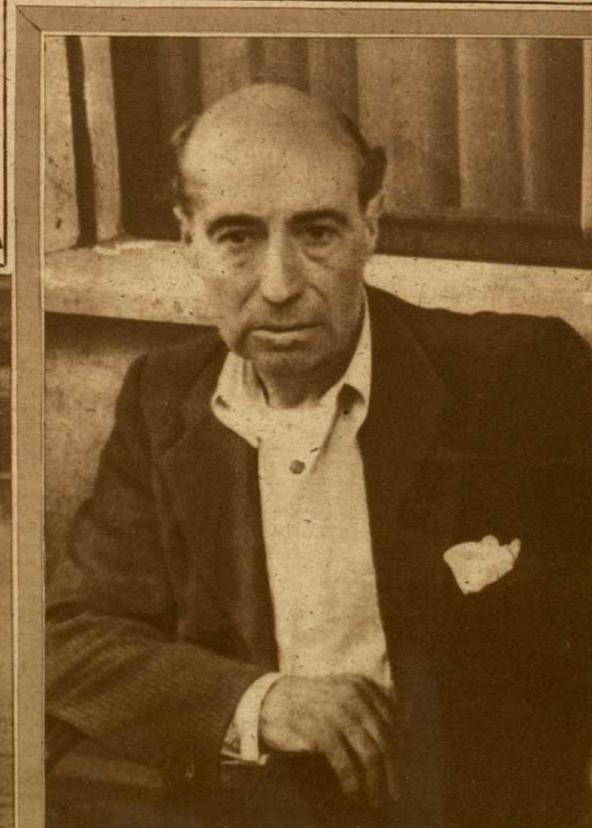
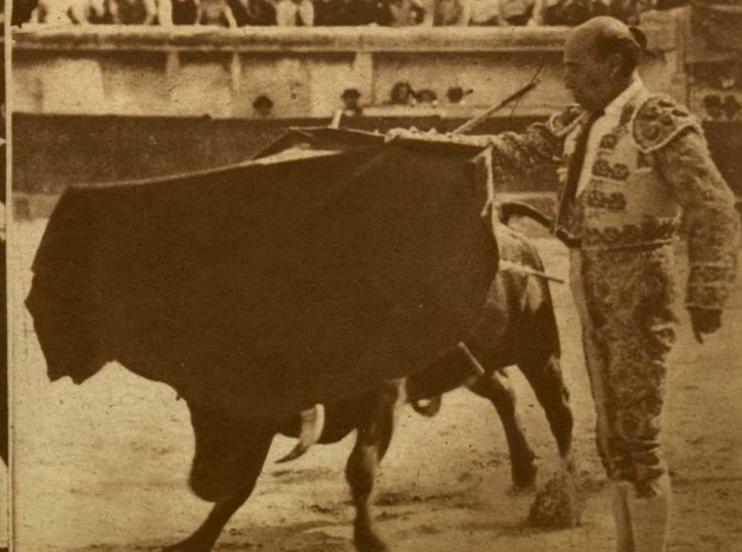
Y aquí Rafael se puso a saludar y a dar las gracias conmovido. ¿Usted se da cuenta del colupio?

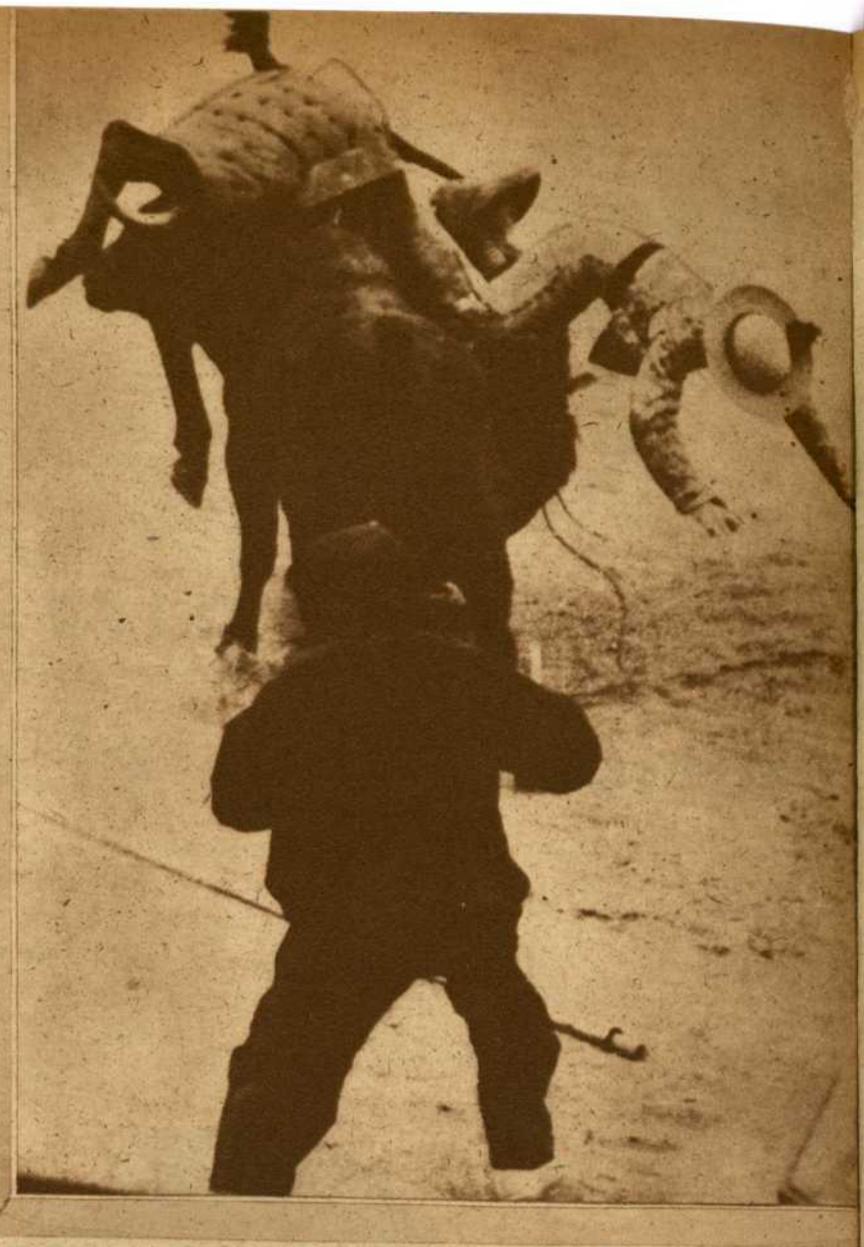
—Es gracioso.  
—Pues él ni se enteró. Las voces del cobrador coincidieron con las muestras de admiración y simpatía de algunos viajeros, muestras que aumentaron cuando El Gallo, empezó a saludar. Y a un que yo le dije la divertida confusión en que había incurrido, no se lo quiso creer.

En lo cual hizo muy bien, porque aquel cobrador del autobús, aun sin proponérselo, no había hecho más que cantar a los cuatro vientos una gran verdad:

Rafael: arte.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA





## DATOS PARA UN LIBRO POSIBLE

# LOS PICADORES ESTAN DE MODA

Por DON INDALECIO



**H**ACE mucho tiempo que se me pasca por el cerebro la idea de dedicar un trabajo extenso, quizá un libro, a la suerte de vara—no de varas; que, hasta ahora, sólo se ejecuta con una, aunque todo se andará—para salir en defensa de los picadores actuales, comparándolos con los de pasadas épocas.

Ya me figuro que los aficionados «radioyentes» o «de oídas», los que adquieren sus conocimientos taurómicos alrededor de la mesa de un café o acodados en la barra de un bar, al leer mi afirmación de que los picadores modernos pueden agruparse, como buenos o como malos, para una comparación con los de antaño, lanzarán un jeh! de espanto y rasgarán sus vestiduras ante la profanación del cronista.

—¿Cómo? ¿Los picadores de ahora colocados en un mismo plano con los antiguos? ¿Codeándose con los Pintos, con los Corchados, con los Calderones, con los Badilas y con los Agujetas? ¡Horror, horror! El cronista está loco, y bien harán los que le quieran y le rodean en llevarlo a la consulta de un médico alienista.

Contra los que me increpen, yo no pienso perder mi seriedad. Aguantaré el chaparrón, si descarga, y continuaré, imperturbable, haciendo papeletas, recogiendo datos, revisando libros, folletos y periódicos, para llegar a la consecuencia de que los picadores buenos, buenos, los de la leyenda que corre en labios de las distintas generaciones de aficionados, no han existido nunca. Ni siquiera aquel de la hazaña de picar el solo, con el regatón de la puya, un caballo y unas medias de seda, una corrida de toros de siete años, cuarenta arrobas y próximo parentesco con un profesor de latín.

De cualquier fecha que sea el papel consultado, siempre hay que retroceder en la consulta, mirar hacia atrás, para encontrar al buen picador.

—¿Me da usted candela?

—¡Por ahí hueme!

—¿Me cita usted los nombres de los grandes picadores que usted ha visto?—preguntaríamos a los aficionados de la segunda mitad del siglo XIX.

—¡Búsquelos a comienzos de la centuria!—contestarían los aficionados gruñones y amigos del tiempo pasado.

—¿Existe ahora pureza en el primer tercio?—inquiriríamos de los aficionados de comienzos del ochocientos.

—¡No! ¡No!—contestan los documentos—. Búsquenla ustedes en el siglo XVIII.

Me temo que a la hora de poner en orden mis materiales habrá de desechoar la mitad. De emplearlos todos, mi obra exigiría una docena de volúmenes. Tanto y tanto es lo que puede hallarse como útil para el caso en el espigero de un archivo y en beneficio de la erudición. Y como el libro habrá de llevar grabados, tampoco podrá tener cabida todo el material. Aquella magnífica Exposición taurina organizada por la Sociedad de Amigos del Arte constituyó un arsenal riquísimo; tapices, grabados, alfombras, quinqués, jarrones y estatuitas, son representaciones de la suerte de vara, nos pusieron ante los ojos el «mostrad cómo», según se dice en los ejemplos del catecismo del Padre Astete. Y con estos ejemplares artísticos de la Exposición citada veríamos cómo los pintores, escultores y tapiceros permitieron que los varilargueros de su imaginación pusieran siempre la puya en un brazuelo, como señal inequívoca de que en sitio análogo del toro de verdad la ponían los picadores patilludos, de carne y hueso, que escupían por el colmillo. Alguien dirá: «Pintar como querers». Y yo contestaría: «Bien; pero los artistas de toda época siempre quieren pintar o esculpir lo bueno, por más bello y artístico. Lo malo, el fracaso, se deja para lo satírico, lo humorístico, para el lápiz castigador de los caricaturistas.»

Muchas veces, con tanto material reunido ya, a la vista de lo que ocurría en los ruedos, decayó mi ánimo. La suerte de vara no era la misma que yo había conocido en la adolescencia de mi afición. Mi optimismo quería cogerse del brazo de los pesimistas que creían abiertamente en la degeneración del primer tercio. Un día observaba que los de aúpa, varilargueros, piqueros o picadores—que de tantas maneras se llaman y de tan pocas pican—empezaban a suprimir prendas preciosas de su indumentaria. Y en una fecha suprimían heroicamente la castañeta, dispuestos a recibir los golpes en el cogote; en otra

salían sin chaleco; meses más tarde, la parte inferior de la calzona se vió sustituida, «camuflada», por unos brochazos de pintura amarilla que cubrían la mona, y... a la corrida siguiente, yo fui a la Plaza provisto de un abanico, como una damisela del XVIII, para tapar pudorosamente mis ojos, en la seguridad de que los picadores, una tarde cualquiera, cumplirían su cometido en mangas de camisa o en calzoncillos.

Una tarde, iba yo camino de la Plaza. En la retina llevaba la impresión de aquellas idas a la Plaza que magistralmente pintaba mi paisano Marcelino de Unceta, cuando casi fui atropellado por un ómnibus de la Central de Ferrocarriles para el «Servicio de estaciones».

Me eché hacia atrás, miré al interior del coche con el mismo gesto desolado de Julián, el de *La Verbena*, y... ¿sabéis quién iba dentro? No iba «la Susana», no: iban... iban... ¡los picadores!, que vergonzosamente habían abandonado a su jamelgo y al monosabio que antaño cabalgaba a la grupa, y con este aspecto de viajeros de mixto daban una puñalada tramera a los paisajes de las panderetas y a las tapas de las cajas de pasas. Marcelino de Unceta, al verlos, se hubiera arrancado la perilla en señal de duelo y de protesta.

Y fué, años más tarde, cuando a los caballos les pusieron, para no ser heridos, una especie de honestos sostenes, que, día a día, iban «ampliando su negocios», hasta convertirse en lo que hoy se encuentran convertidos. Quien quiera escribir la historia del peto protector tendrá que titularla así: «Del peto a la muralla romana, pasando por el colchón de la casa de huéspedes».

Indudablemente, la suerte de vara la habíamos perdido, y su recuerdo convenía encerrarlo en la tumba de Tutankamen.

Mas, como en parecida ocasión de catástrofe y ruina para cierto monarca que había salvado el honor y la vida, «que era lo importantes, en la suerte de vara todavía podremos encontrar dos detalles casi tan importantes para su salvación como la vida y el honor para el rey francés.

Observad: algunos piqueros, para que la garrocha no se les escape, se escupen «varonilmente» en la palma de la mano derecha, sin tener que recurrir al eufemismo, por el bien parecer, de que un mozo de plaza los sirviera un aguamanil. Segunda observación: cuando un picador «entra en barrenas», da con el castoreño en el suelo y se resienten hasta los cimientos de los edificios próximos, el Servicio facultativo de la enfermería no tiene nada que hacer. Basta con que un monosabio ponga al picador maltrecho una inyección de agua fresca en el tozuelo, sirviéndole de jeringuilla el pitorzo del botijo, para que el piquero quede como nuevo y en disposición de seguir abriendo simas en sucesivas caídas.

¿Fué a cierto Veremundo a quien advirtieron de que todavía había Patria? Pues oiga, señor «de» Veremundo, propalador de que la suerte de vara está en sus agonías y de que los picadores de estos tiempos se desayunan con chocolate: con esos dos detalles que sometemos a su examen y reflexión, traiga a sus picadores de leyenda para pesarlos con los de estos tiempos.

Unos y otros, en platillos distintos. Y ya verán ustedes cómo la balanza se mantiene en su fiel.



# Angel LIZCANO y la influencia goyesca

El gran pintor murió en  
el manicomio de Leganés  
el 31 de julio de 1929

Por Mariano SANCHEZ DE PALACIOS



La cogida del diestro  
(Cuadro de Lizcano.)

ENTRE todos los pintores españoles que en las postrimerías del siglo pasado aportaron su labor al enriquecimiento y formación de la historia pictórica y gráfica del toreo, pocos tan destacados y meritorios como Angel Lizcano y Monedero, aquel combatido artista que, tras muchos años de intensa y mal reconocida labor, hubo de acabar sus días en el manicomio de Leganés, el 31 de julio de 1929.

Había estudiado Lizcano en la Escuela de Bellas Artes de Madrid, mas incapaz por su espíritu creativo innovador de seguir ésta o aquella escuela, una trayectoria fija o determinada con arreglo a las enseñanzas que recibiera, dejó que su inspiración, privativa

en el asunto y en la técnica, tomara el rumbo o derrotero independiente que su temperamento, dado al libre albedrío concepcionista, hubo de dictarle. No quiso sujetarse a procedimientos, no aceptó la esclavitud artística en cuanto a la manera de crear y de ver la pintura, sin sospechar que el ambiente total que le rodeaba era más que suficiente para que su obra respondiera al espíritu de la época, de la que era muy difícil el emanciparse.

Todas las bellas artes responden a un estilo, a la tónica del ambiente, y era difícil, casi imposible, que Lizcano, queriendo huir de éste u otro pintor, no cayera en la influencia general de un período artístico que ocupaba casi todo el siglo del que artísticamente dependiera.

Se dijo en su día que Lizcano era un pintor sometido a influencias francesas, cuando fué un artista netamente hispano, por los asuntos tratados y por la manera de hacer e interpretar el concepto artístico. Fué un notable pintor de historia ensamblado en aquella pléyade de artistas que dejáronse prender y dominar por los encantos tan combatidos y sinceros de la época romántica. Aquella época romántica que con toda su atribuida y mal juzgada decadencia pictórica produjo obras maestras debidas al pincel de Rosales, Pradilla, Ferrant, Esquivel, Vicente López, Muñoz Degrain, Gisbert, Casado de Alisal, Madrazo, etc., que marcan no sólo una época de cierta brillantez artística y un espíritu sujeto a los más puros cánones estéticos clasicistas—escuela de los grandes maestros de la pintura—, sino también la gran facilidad creativa para producir obras de grandes dimensiones con las que se alcanzó el logro del bien resuelto problema de la difícil composición artística.

Precisamente ese españolismo de Lizcano llevóle a sentirse subyugado por el arte transformador y revolucionario de Goya. Acaso esa influencia, ese apasionamiento artístico, hiciera que, prendado del ingenio y movilidad de la «Tauromaquia», le llevara a él a tratar un tema que tan lejos estaba de la pintura de asuntos históricos y del retrato.

¿Pero es que cabe eludir la influencia goyesca al tratar sobre temas taurinos? ¿Es que en la obra temática taurina desde Goya para acá no se sienten o se vislumbran las raíces generatrices de la escuela que había de crear el autor de «Los caprichos»?

Lizcano fué, por tanto, un artista que no pudo sustraerse a la influencia o a la dominación goyesca. Y no pudo dejar de sustraerse porque todos los impresionistas taurinos, todos los pintores de su época, de la anterior, de



¿Torea usted desde aquí? (Dibujo de Lizcano, 1883.)

ahora y de siempre, se sentirán dominados por aquel genio ignorante—como dijo Ganivet, y no asuste esta palabra—del pintor de Fuendetodos. Por eso, precisamente por eso se le atribuyó también que sus maneras de crear y de sentir tenían algo de Alenza, y era que Alenza, infortunado hasta después de muerto, no era sino un continuador de la escuela de Goya, como lo fué Lucas y lo fueron y lo son tantos. Lo que quiere decir que al seguir a Alenza seguía a Goya, o lo que es lo mismo, que volvía al punto de origen de sus devociones en una circunvalación artística de las influencias.

Fuó uno de sus mejores cuadros «La cogida del diestro», propiedad del Estado, que pintara en su primera época. Y en la cita de sus obras sobre motivos taurómicos no podemos silenciar «Huyendo de los cuernos», «Un toro», «Exterior de la plaza vieja de Madrid» y los retratos de Pepe-Hillo y de Romero y hasta «El encierro», en los que se acusa su hispanismo y en los que Lizcano dejó bien patente su devoción por una tendencia en el tema que le sitúan como uno de los mejores pintores taurinos—a veces hasta humorista en sus dibujos—de aquel final del siglo decimonono, no tan distante históricamente con la actual fecha que marca el calendario, y sí, y eso es, ¡ay!, lo peor, con la que se inició nuestra cada vez más agobiante vida...

## Al acabar y al empezar la temporada

# "Pensé torear sólo veinte corridas y van a pasar de las cincuenta cuando lleguen las de Zaragoza", dice DOMINGO ORTEGA



Domingo Ortega, visto en San Sebastián

**A**NTES de que comenzara la temporada taurina, a la que el otoño va a poner en el enganche de las mullas del tiempo, nos había hablado Domingo Ortega de que en el año 44 sólo pensaba tomar parte en veinte corridas que había firmado con Pagés.

Hace dos días nos contaba Domingo cómo aquellas veinte corridas iban a pasar de las cincuenta cuando torear las tres del Pilar en Zaragoza.

—¿Después que se acaben?...—le preguntamos.

—¡Pss!...—responde—. Una vez embalado, ¡lo mismo da!

—¿Cuál es el estado de ánimo del torero al comenzar la temporada?

—La impresión—nos contesta—es de inseguridad, porque falta la costumbre. A medida que va avanzando esa inseguridad desaparece o disminuye, y el torero, recobra su confianza, va a mejor.

—Esa impresión, ese estado de ánimo—le preguntamos—. ¿es igual ahora que lleva usted varios años de alternativa o es distinta de cuando comenzó a torear?

—Cuanto más tiempo se lleva torear más firme está el torero. Pero todos, absolutamente todos, lo mismo al empezar que al acabar, salimos con el afán y la ilusión del éxito.

—¿De qué depende que una temporada esté un torero mucho mejor o peor que otra?

—De varios factores. Pero el primero, el principal, de la suerte. Los toros se separan en lotes y los lotes se sortean. De ese albur depende la enorme diferencia de que usted habla. El estado de ánimo del lidiador acrece o disminuye con arreglo a la suerte que le acompañe o le persiga.

—¿Son iguales los toros que se torearán ahora a los que "echaban" cuando empezó usted?

—No. Hay una gran diferencia. Entonces tenían más fuerza, más cabeza. Por ello tenían una aspereza que, generalmente, no tienen ahora.

—¿Cuál es la impresión que se tiene al acabar la temporada?

—Cuando dobla el último

toro de la última corrida de la temporada se respira muy tranquilamente. Esa es la impresión que yo he tenido todos los años. Se acaba entonces la lucha, la preocupación, el ajeteo y, ¿por qué no decirlo?, el miedo que, en más o menos intensidad, no deja de tener el torero.

Al entregar la muleta al mozo de espadas es cuando se advierte que aquella franela tiene un peso terrible...

—¿Cuál es el toro más grande que ha toreado usted en la temporada actual?

—Uno de Pablo Romero, en Málaga.

—¿Y el más chico?

—No lo recuerdo exactamente. Desde luego ni el grande ni el pequeño fueron elegidos por mí.

Recordamos entonces que el año pasado hizo Domingo Ortega unas declaraciones interesantes acerca del tamaño de los toros. Creía el famoso matador que no era tolerable la insignificancia del ganado, que ponía en ridículo al propio torero que lo lidiaba. Quería toros de edad, de peso y de cabeza para mantener el prestigio de la llamada "fiesta brava". Pero entonces la corriente tenía otros cauces. El público, un poco sugestionado por fáciles florituras, toleara sin protesta el medio toro, el becerro minúsculo, y nada había que hacer.

Afortunadamente para la Fiesta ha cambiado esa opinión, y el toro chico, el becerro, son rechazados airadamente.

Queremos que Ortega nos diga ahora su opinión, y le preguntamos:



En la terraza de un café de la capital donostiarra, el fotógrafo sorprende a Domingo Ortega con el veterano y excelente banderillero Cadenas

—El toro ¿debe ser grande o chico?

Domingo calla unos instantes. No quiere, a lo que parece, que sus palabras tengan una interpretación torcida. Y se limita a replicar:

—Me reservo mi opinión, porque, en definitiva, es el público quien tiene que señalar sus gustos y decidir con su palabra...

Y nada más da de sí la charla con el diestro toledano. Final de temporada. Con cuarenta y cuatro corridas toreadas y diez que le quedan por torear, espera el día que se arrastre el último toro para respirar tranquilamente.

—¿Hasta cuándo?...—le preguntamos finalmente.

—Hasta la temporada que viene, en la que Dios quiera me acompañe la suerte como me acompañó hasta ahora.—A. R. A.



## ANGELETE, EN SALAMANCA

En la corrida del Toro de Oro, con ganado portugués de don Faustino da Gama, Angelete puso una vez más de manifiesto su gran estilo como estoqueador. Dos toros: dos estocadas

## TEMAS TAURINOS

# Con la muleta ante el público...

Por FELIPE SASSONE

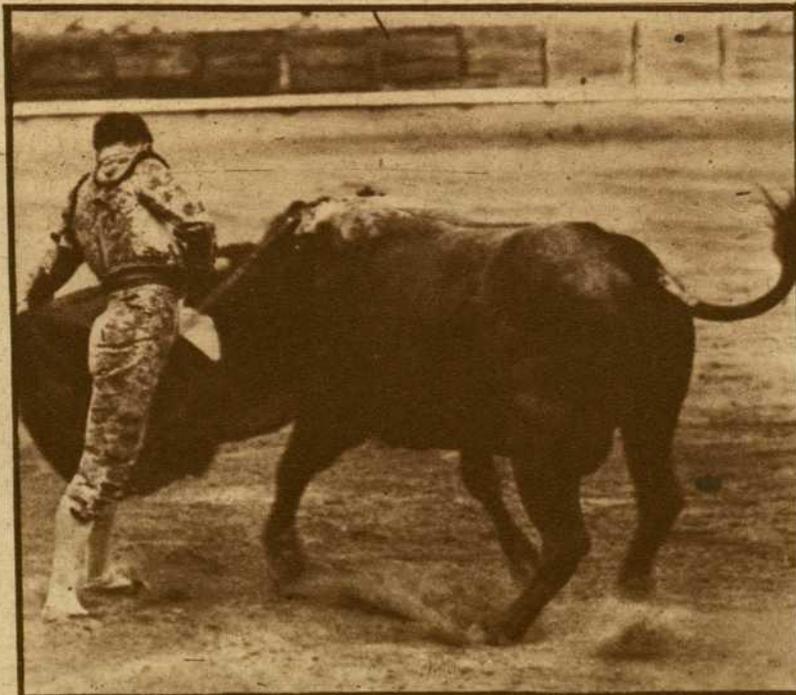
Quiz es algo más todavía que con la muleta sólo ante el toro. Porque el público es también, claro está, un elemento de la fiesta y puede ser a veces tan enemigo del torero como el toro, según es otras demasido amigo.

Cuando no se torea en el campo, a solas con el astado, no por lucro, sino por el placer de torear, como canta el ruiseñor para escucharse a sí mismo, hace falta, además del toro que sepa embestir, un público que sepa ver. El público, como los niños, quiere que le repitan siempre el mismo cuento: el público quiere el toreo bonito o que a él se le parezca, el toreo «estatuario», del parón, ceñido, arrebuñado, revuelto con el toro, y ya que del ruiseñor hablamos y el arte de torear es danza y música, diremos que el público pide siempre la canción que le gusta y no la que el torero debe y puede cantar. Por eso hemos dicho un poco más arriba que el público, en ocasiones tan amigo del torero que le premia el haber toreado bien a una mona como si hubiera toreado un elefante, en su enemigo se convierte cuando no le deja ejecutar la faena indispensable, o le exige que prolongue la que, estando muy bien, en mala habrá de convertirse por la prolongación innecesaria, y hasta le chilla si se dispone a matar con prontitud al toro que ya no admite pases de muleta.

Ese aforismo, exageración de algún torero temerario, de que todos los toros pasan cuando el lidiador está quieto y los espera, es verdad en cuanto lo más importante del toreo es saber esperar: pero no es una verdad absoluta, porque hay toros que no quieren pasar, o que se cansan de haber pasado, y no tienen ya sólo media arrancada, sino que frenan en el centro de ella, y otras veces no se arrancan ni poco ni mucho. Cuando el toro no pasa ha de pasar el torero, ha de darse al pase, que ya tendremos tiempo de explicar en qué consiste, y aunque es cierto que doblándose, cruzándose sobre el pitón contrario a la salida, se domina al toro fuerte hasta convertirle en pastueño, y toreando por delante, sobre las piernas, tirando suavemente del cornúpeta, se enseña a embestir derecho al incierto y reservón, todo ello puede ser cuando el toro consiente en que el muletero llegue hasta el sitio preciso, exacto e indispensable para poderle torcer el viaje y dominarlo, para embeberlo y forzarle a embestir, o para sujetarlo y obligarle a revolverse cuando quiere huir. Pero todo esto, repito, a condición de que el toro deje llegar, porque al que avanza antes de tiempo, aunque sólo sea gazapeando, y al avanzar se cruza en sentido contrario al pase, cuando ya el torero no puede cambiarse, a ése no hay quien le toree de muleta. Lo mismo ocurre con ese toro desigual, el toro desconcertante, que cambia de forma de embestir a cada lance, y unas veces pasa franco por la izquierda y otras no quiere pasar y corta y se mete por debajo cuando le torear por alto y apunta con los cuernos a la cara del torero cuando le torear por bajo, y si el diestro resuelve cambiar de lado y torea por la derecha, repite el juego caprichoso y peligroso de acudir unas veces, bien y otras mal por el mismo lado. Ante toros de este que llamaremos «estilo inconsecuente», no puede el muletero sacar consecuencia ninguna, ni componer su faena, ni sujetarla a un método, porque no hay método posible. Antiguamente, para el enemigo que presentaba tales dificultades, admitía el público la ayuda de un peón que, colocado



En las fotos: Manolo Bienvenida, el malogrado torero, en dos formidables pases: arriba, uno de pecho; abajo, en un natural. La auténtica verdad del toreo de muleta



detrás del matador, metía el capote en el preciso momento del centro de la suerte para volver al toro en sentido contrario. Pero en aquellos días, no tan lejanos que no podamos recordarlos por haberlos visto con nuestros propios ojos, los toros eran más anchos de cuna, menos seleccionados, porque no se había industrializado el toreo ni los criadores de reses bravas habían pensado siquiera en acomodar, por cruzamientos y selecciones, el tipo, la cabeza y hasta el ímpetu del toro. Los buenos aficionados se divertían con la variedad que daban a la lidia los toros dificultosos y con los recursos que para defenderse de ellos, vencidos o defendiéndose tan sólo, exhibían los lidiadores. Divertía todo, la treta habilidosa con el toro de sentido y la elegancia desahogada y tranquila con el toro boyante. Hoy sólo gusta, no nos cansamos de insistir en ello, el toreo de la quietud y del adorno—por donde la fiesta adolece en muchas ocasiones de empalago y monotonía—, y dejemos sentado que todos los toros pueden ser muertos, a estoque, cuando no de frente, a cuello vuelto, avisados en las tablas, o al revuelo de un capote, o decididamente a la media vuelta: pero no todos pueden ser toreados con la muleta cuando no admiten ni un pase. La obligación del matador es matar: todo lo que se hace en la lidia tiende a preparar la muerte del toro, y si el espectador está en su pleno derecho cuando exige del torero que traste para sujetar, para ahormar, para dominar, para igualar y que se adorne y componga ante el toro que se preste y no lo mate verde, no tiene la misma razón cuando quiere obligar al diestro a que toree lo intoreable, y retarde la suerte suprema, y la haga así cada vez más difícil en vez de desahacerse cuanto antes con habilidad y destreza del enemigo peligroso. Hay faenas que deben hacerse a favor del toro, cuando el toro merece el favor: pero otras, en contra del toro, cuando no se le puede dar cuartel.

Todo esto sentado, hablaremos en el próximo artículo de sujetar, dominar, ahormar y adornarse, y estudiaremos el legítimo pase natural.

No quiero cerrar esta divagación sin establecer un principio, acaso personalísimo: pero basado en la experiencia constante de mis ojos y aun en la práctica de mi afición de otro tiempo; cuando se diga de un torero que le dió a un toro dieciocho naturales, veintitrés naturales, treinta y seis naturales y un sinfín de pases de rodillas, y que le tocó los pitones y las orejas, y le limpió el hocico con el pañuelo e hizo mil alardes de un valor indudable, declaremos, aun sin haber visto la faena, que el torero era un gran artista y un valiente: pero pensemos siempre en que el toro era tonto.

De otra manera no hubiera sido posible.

Los toros bravos de verdad, con casta y trapío, no suelen dar vueltas a las norias.

Por eso, a algunos buenos aficionados no les gusta el toreo giratorio, sin guardar distancia, para que la acometida del bruto tenga ímpetu y los lances sean enteros, y el trasteo sea fraseado, graneado, escandido como un verso y con un ritmo de música, y no les gusta, porque al pensar que el toro es tonto, tienen miedo, y con razón, en acabar siendo tan tontos como el toro.

## El rejoneador salmantino don Servando Vacas

**D**IAS de feria en Salamanca. Por la noche, en la reunión del café con los amigos salmantinos Miguel Zaballos, Jaime Coquilla e Isidoro Alvarez, comentamos el resultado de la corrida de la tarde, y al referirnos con admiración al rejoneador Alvaro Domecq, nos ha traído a la memoria el de este otro rejoneador salmantino que es don Servando Vacas. Isidoro Alvarez me hace elogios de una de las jacas que posee el rejoneador, y que él ha tenido ocasión de montar esta mañana.

De las condiciones de rejoneador de Servando Vacas, precisamente tengo a mi mano el periódico *El Adelanto*, que hace la crítica de la última de sus actuaciones:

"Primero.—De rejonos. Negro, bragado. Lo corre admirablemente don Servando Vacas, haciendo filigranas. El toro es codicioso y acosa; pero el jinete y su gran jaca torda se defienden bien. Juguetea con el bicho. Toma un rejón de muerte, y después de una excelente preparación, clava en todo lo alto, rodando el toro fulminantemente. (Ovación.) La jaca y su jinete realizan exhibiciones ante el enemigo muerto."

A la mañana siguiente, en compañía del rejoneador, hemos visto en la cuadra las hermosas jacas que posee don Servando Vacas, y que todas las mañanas el dueño se encarga de que sean lavadas y cuidadas con gran esmero.

—Esta jaca torda—me dice con pasión y cariño Servando Vacas—es una maravilla.

—Y con ella le esperan muchas tardes de triunfo.

—Así lo espero.

—No hace muchas tardes, así fué, ya que obtuvo usted un gran éxito.

—Desde luego, no puedo ocultar que quedé muy satisfecho—me dice el rejoneador—. Si la faena de esa tarde la hago en una Plaza de primera categoría, como la de Madrid, Barcelona o Sevilla, creo que hubiera quedado consagrado.

—Ya se le presentará esa ocasión.

—Desde luego. Y los buenos artistas también acostumbran a repetir las buenas faenas.

—Así que no hace falta preguntarle por una de sus mayores ilusiones.

—La mayor de ellas, como usted se imagina, llegar a ser un buen rejoneador.

—Ya lo es usted—le contesto.

—Y tener ocasión de demostrarlo.

—No es difícil.

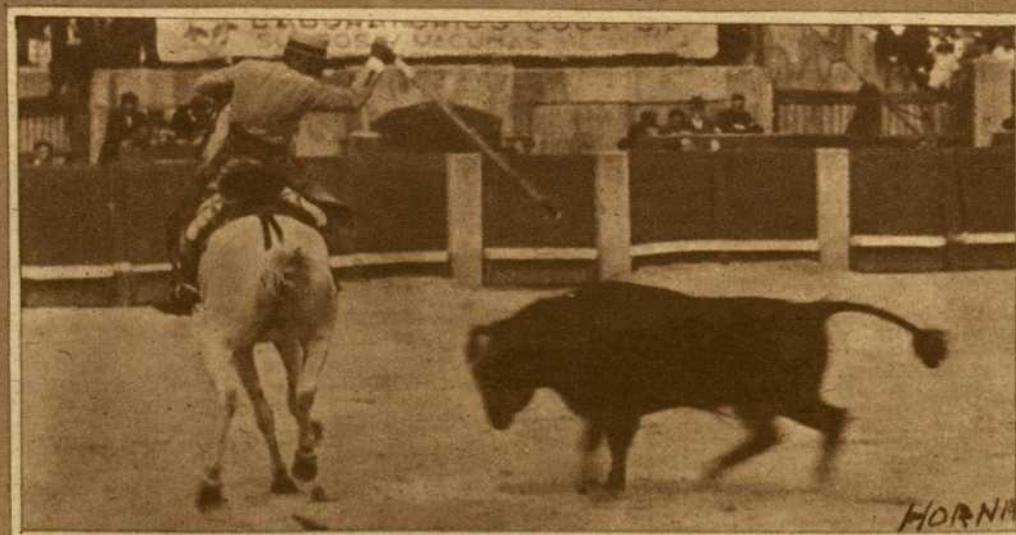
Hablamos después de la suerte y escuela del rejoneo, de los rejoneadores portugueses y, claro está, del caballero jerezano don Alvaro Domecq.

Y quedo pensando que con las condiciones y el entusiasmo de este rejoneador salmantino que es don Servando Vacas no es difícil ver cumplida una de las grandes ilusiones de su vida: triunfar plenamente como rejoneador y recorrer de triunfo en triunfo todas las Plazas de España.

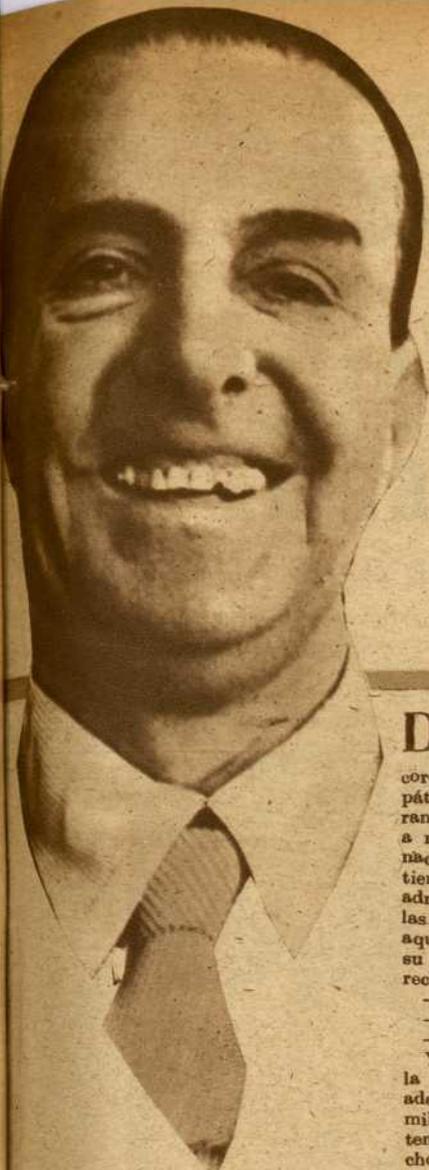
ROQUE SANZ



El rejoneador don Servando Vacas con una de sus jacas



Don Servando Vacas en una de sus brillantes actuaciones



# CON ANTONIO CAÑERO EN SEVILLA

## “El secreto del rejoneo está en la brevedad”. “Lo justo es el rejón de muerte... Nada de estoque”

Don Antonio Cañero — fina estampa de señor andaluz, bajo la sombra redonda del sombrero cordobés — es hombre cordial y simpático en extremo. Su figura, que durante muchos años convocó en torno a nuestra entonces decadente fiesta nacional multitudes de entusiastas, tiene todavía la virtud de atraer la admiración y el respeto de todos. Por las calles de Sevilla, don Antonio tiene aquí tantos amigos como en Córdoba; su paso va prendiendo saludos a derecha y a izquierda...

— Ahí va don Antonio Cañero.  
— ¡Don Antonio!  
— ¡Con Dió, don Antonio!

Y don Antonio, sonriente, se lleva la mano al ala del sombrero, en un ademán que tiene mucho de saludo militar — no se olvide que Cañero es teniente coronel del Ejército — y mucho también de rito campero. Exactamente lo mismo que su toreo, que

reúne en una expresión de arte insuperada la mejor escuela ecuestre y ese modo original y auténtico de burlar al toro en pleno campo, sin más barrera que la habilidad del jinete ni más engaño que los giros y quiebras del caballo.

— ¿...?

— En mí — nos dice don Antonio Cañero — nacieron a la vez la vocación de jinete y la afición a los toros. Mi padre era profesor de equitación... y vivíamos en Córdoba, donde el Guerra era todavía un ídolo. Cuando ya mayor nos trasladamos a Barcelona, perdí un poco el contacto con ese mundo fantástico y deslumbrante del toreo. Hasta que en unas vacaciones en Córdoba, quise probar fortuna como torero. Fué en una fiesta organizada por la marquesa del Mérito, con carácter benéfico, en la que también tomaron parte Clemente Tassara y Carlos Pickman. Como *directores* — para que todo saliera bien — llevábamos nada menos que a Joselito, al Gallo y a Posadas...

Don Antonio entorna los ojos, evocando aquellos días... La cosa resultó tan bien que don Antonio Cañero, que había ingresado en el Ejército, continuó tomando parte en numerosos festivales. Una vez, en Palma del Río, le alcanzó un toro y le causó graves lesiones. Otra, en Córdoba, quedó tan malherido, que hasta recibió los Santos Sacramentos... Pero ni aun tan serios percances le apartaban de los ruedos. Volvía con más deseos de luchar. Un día vió al Guerra poner, a caballo, un par de banderillas a una vaca; y comprendió que él — jinete consumado — podía hacer algo más. La ocasión se la ofreció el general Primo de Rivera al organizar en Jerez y el Puerto dos festivales a beneficio de la Cruz Roja. Cañero, con un caballo que le prestó el aristócrata don José Pérez de Guzmán, rejoneó en ambas funciones. ¡Aquello era otra cosa! Animado por el éxito se presentó en Madrid en una corrida organizada por la marquesa de la Corona, a beneficio de los heridos de Marruecos. En el cartel figuraban, además de los capitanes — que así se anunciaba — Cañero y Botín, los diestros siguientes: El Gallo, Sánchez Mejías, Granero, Chicuelo, Belmonte y La Rosa. La corrida, a la que asistieron los reyes, fué para Cañero la consagración. Económicamente fué también un éxito para los organizadores: se recaudó más de medio millón de pesetas. Sevilla y otras ciudades de España fueron después escenarios de los triunfos de Cañero. En la temporada de 1923, como profesional, toreó en veintitrés corridas. En 1924, contrató más de cincuenta, pero sólo tomó parte en cuarenta y ocho. En 1925 — la mejor temporada de Cañero —, toreó más de setenta corridas y perdió, por diversas causas, unas veinte. En estos días Cañero tiene tres cuadradas en España: una en Madrid, otra en Medina y otra en Córdoba. Hay ocasiones en que ha de ir de un punto a otro de España, sin tiempo casi para descansar. Una vez actuó en Vitoria. Al día siguiente lo hace en Albacete. Al otro, en Toledo. Su arte pasa las fronteras. Y en Portugal, en la Plaza lisboeta de Campo Pe-

queño, se hace aplaudir por los recelosos aficionados lusos. Su concepción del toreo a caballo provoca una enconada polémica en la Prensa de Lisboa. Frente a Cañero, un famoso revistero — Antonio Luis Ribeiro — reivindica el modo clásico del rejoneo portugués; al lado del español, se levanta la pluma y el prestigio de Rogerio Garcia Pérez, el terrible Pérez. París conoce también el arte de Cañero.

En el circo romano de Lutecia, en pleno Barrio Latino, don Antonio rejoneó dos bichos, aunque sin llegar a practicar la suerte suprema. La Prensa de París elogió al gran artista español. *L'Auto* y *Petit Parisien* se distinguen en el aplauso. En 1926 sufre Cañero un ataque de peritonitis a consecuencia de un porrazo recibido meses antes, en Bilbao. El doctor Moreno Zancudo consigue salvarle y pronto vuelve el gran rejoneador a los ruedos. Desde hace tiempo América le atrae y al fin se decide a dar el salto. En Venezuela, en Perú, en Méjico... se repiten los triunfos. Cuando vuelve a España su nombre alcanza la más alta cotización. Hacia 1931, Cañero comienza a espaciar sus actuaciones. Cuando en 1936 se produce el Alzamiento, puede decirse que está retirado. Pero Cañero no sólo pelea por los alrededores de Córdoba, amenazados por los rojos; como un soldado más, sino que se ofrece con sus caballos para lo que haga falta. Así toma parte en varios festejos benéficos... Y en mayo de 1939, después del desfile de la Victoria, actúa en Madrid. Es su última corrida.

— Por cierto — nos dice — que cuando dije al general Saliquet que no tenía caballos para actuar, me contestó que podía contar con los doce mil del Ejército. Al final tuve que decidirme por el que tenía la rejoneadora. Beatriz Santullano.

— ¿Cuántos caballos ha preparado usted?  
— Muchos... Mire usted; hubo temporadas que tenía más de veinticinco...  
— ¿Cuáles han sido, a su juicio, los mejores?  
— El mejor, una yegua, la «Bordeaux», del hierro de don Félix Suárez. Murió de una pulmonía en Francia... También era muy buena una jaca; «Galápago», se llamaba, que cuando veía que le podía al toro, llegaba sin miedo a los más difíciles terrenos. En muchas ocasiones, vencido ya el bicho por el rejón de muerte, saltaba sobre él y le derribaba.

— ¿Cuesta mucho trabajo preparar a un caballo para el rejoneo?  
— Es tarea difícil. Exige, aparte de una doma completa, acostumbrarlo al peligro del toro. Esto, naturalmente, sólo puede conseguirse bien en el campo.

— ¿Qué raza da mejores resultados?  
— El caballo español y los cruzados. Los pura sangres no sirven.

Don Antonio Cañero hace una pausa en la conversación, para mostrarnos unas fotografías de algunos de sus caballos. Una de ellas, que ilustra este reportaje, nos permite apreciar el trapío y el peso de los toros que lidiaba Cañero.

— ¿Cree usted que el rejoneador debe saber torear a pie, o le basta un conocimiento general del toreo?  
— Es imprescindible que sepa torear. Sin saber cuál es la querencia de un toro, ni el terreno que hay que pisar, resulta peligroso encerrarse con un bicho en la Plaza.

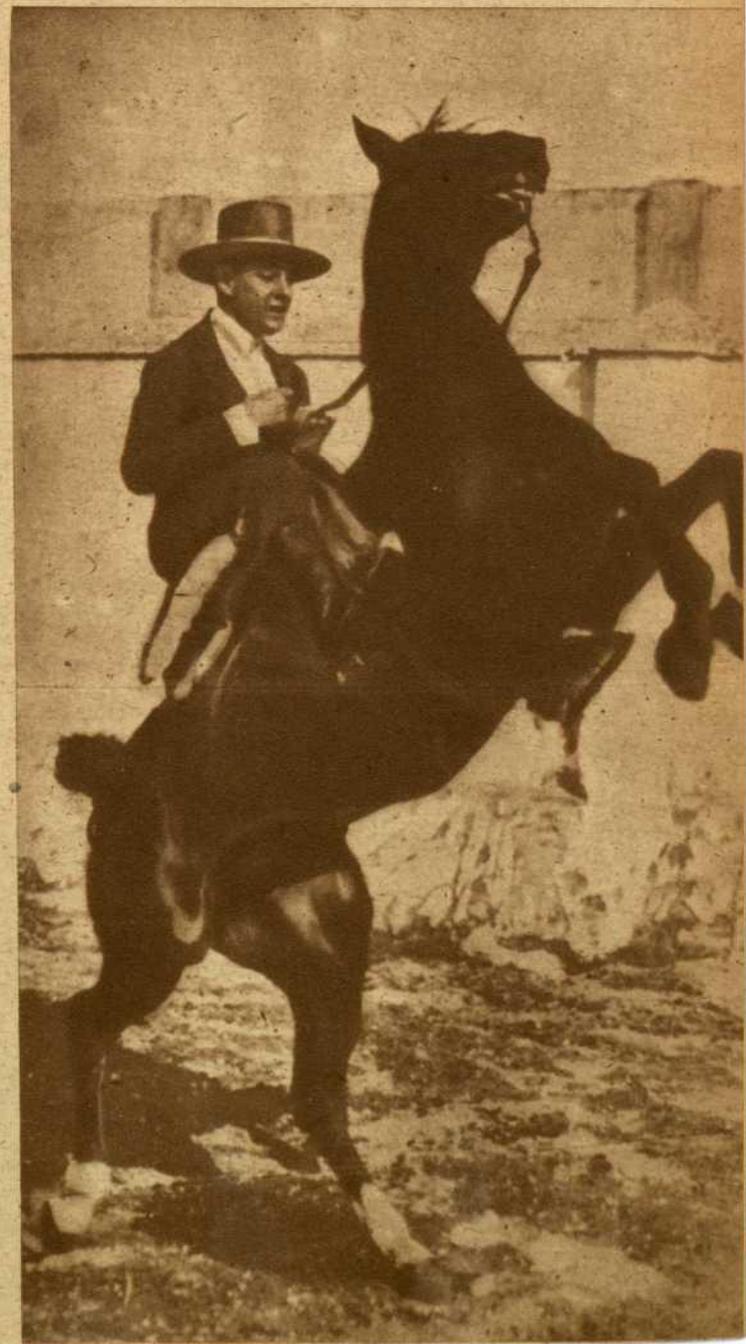
— ¿Qué diferencias esenciales advierte entre el rejoneo portugués y el nuestro?  
— Responden a conceptos distintos de la fiesta. Allí la finalidad de la lidia no es la muerte del toro. Se busca el mayor lucimiento posible. Por eso salen embolados los bichos. Y así es fácil que el rejoneador pueda poner banderillas con las dos manos, sin peligro para el caballo. Antes, cuando se guardaban con más rigor las llamadas reglas de Marjalba, el caballero no podía ni ir siquiera en busca del toro... Aquí, en cambio, es todo lo contrario. Al menos yo entiendo la lidia a caballo de otra forma. Aparte de burlar y quebrar al toro, corriendolo como se hace en el campo, hay que preparar al toro para la suerte suprema: para la muerte. Y así, tras unos rejones cortos, con tope, que hacen las veces de las puyas, vienen las banderillas, y por último el rejón de muerte...

— Entonces ¿usted no cree perfecto intentar la suerte desde el caballo con el estoque?

FRANCISCO NARBONA

Sevilla, septiembre de 1944.

Antonio Cañero en un alarde de buen caballista



Antonio Cañero hablando en Sevilla con Raimundo Blanco, popular y excelente aficionado a los toros





Manuel Rodríguez,  
Manolete

## EL MALETILLA de "CARCELERAS"

Por MANUEL G. DE ALEDO

HACE no muchos días tuvimos ocasión de encontrarnos a dos popularísimas figuras, Manolete y Pedro Terol, que amigablemente emparejados discurrían por las calles madrileñas. Desde sus primeras palabras nos percatamos que no era el suyo un conocimiento

superficial, ni se trataba de una afinidad producida por una mutua y fervorosa admiración, sino que nos hallábamos ante una amistad entrañable, recia, no demasiado corriente en aquellos que se encuentran plenamente absorbidos por su público, por su arte. Como no había una infancia vivida en común, ya que Córdoba y Orihuela, sus pueblos natales, no presentan la cercanía necesaria para un trato continuado, supusimos, vislumbrando el reportaje, que algo interesante, interesante por inédito y por tratarse de quienes se trata, ignorábamos en sus vidas. Hice propósito de indagar y a mis primeras preguntas me contestó Terol:

—Naturalmente que sí, como que Manolo y yo se puede decir que hemos dado nuestros primeros pasos juntos.

Y he aquí, transcrito, puntualmente, lo que los dos fenómenos nos contaron «al alimón» o a dúo, si mejor se prefiere.

\*\*\*

Era allá por el año 1932 y en el campo de Córdoba; el calor reseca las mieses y por lo lejos una lengua verde indicaba claramente el paso despañoso del Guadalquivir, camino de Sevilla. Y bajo aquel sol de castigo la heterogénea comparsa cinematográfica desplegando su desenfadada actividad. Director, intérpretes, operador, técnicos, todos coadyuvaban con tesón en la realización de *Carceleras*, una de las primeras películas sonoras rodadas en España y de la que es protagonista un joven barítono que por entonces empieza a bullir y que se llama Pedro Terol.

La voz del director, José Buchs, se yergue autoritaria:

—Todo preparado para la escena en la plaza.

Al escuchar esas palabras se estremece un chaval, enjuto, largo, vestido de guayabera blanca y que oprime en sus manos nerviosas y ágiles la muletilla y la gorra de visera.

—Niño, que no se te ocurra torear después de la señal—advierte el director, y ante la señal de asentimiento con que le responden, se dirige, esta vez, a Terol:

—Y entonces usted cruza la plaza.

Ante la nueva señal de conformidad y comprobando que todos se encuentran ya apercebidos, da la señal de comenzar a filmar los pases que aquel mozalbete propinaba, con buen arte, a una becerreta bastante metida en carnes. A la señal del operador de haber fotografiado los metros estipulados, advierten al chavalillo que se retire de la plazuela, pero en vano, ya que por más que insistieron en la señal convenida, el niño, sin dársele un ardite todo el pitote que armaba, seguía y seguía toreando embriagado en los deleites de su propio arte.

—Niño, vete de ahí.

—Quítate ya de delante.

Vociferaron, mandaron, chillaron inútilmente un buen rato todavía sin que el maletilla cesase de torear, hasta que a viva fuerza, el mismo Terol hubo de apartarlo de la becerria.

Terminada la jornada se dirigió al mozuelo que en un rincón se limpiaba pausadamente el sudor:

—Buena la has hecho, niño de los demonios.

—Está güeno, está güeno—fué toda la respuesta del torerillo.

\*\*\*

Diez años más tarde y en ocasión de una fiesta organizada por la Asociación de la Prensa de Barcelona, son invitados a dicha ciudad dos toreros y un artista, en concepto los tres de huéspedes de honor. Son los toreros Marcial Lalanda y Manuel Rodríguez; es el artista, Pedro Terol.

En uno de los actos, Manuel Rodríguez se acerca al grupo en que se encuentran Marcial y Terol, entre otros, y dirigiéndose a este último, le dice:

—Usted no me conoce.

—¡No le voy a conocer! Y le admiro, pero de verdad, Manolete, y la mejor



Pedro Terol, Manolete y Marcial Lalanda en el aeródromo del Prat de Llobregat, de Barcelona, antes de emprender el vuelo hacia la capital de España en 1942.

prueba es que nunca me pierdo una corrida de usted.

—¿Y nada más que de eso me conose?

—Hasta ahora nada más.

—Pues, sin embargo, yo hace muchos años que le conosco a usted. Que le conosco y que le admiro. Y usted ahora va a recordar de ese conocimiento nuestro en cuanto yo le diga cómo fué.

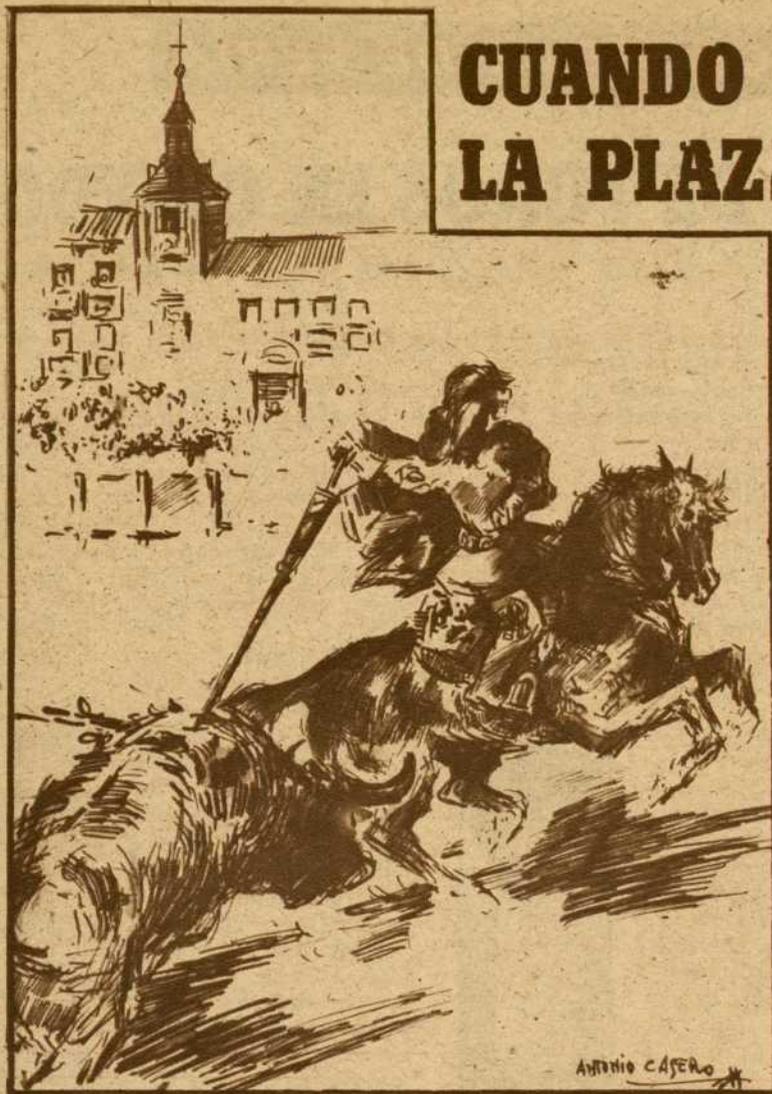
Y a continuación, el diestro de Córdoba relató punto por punto cuanto más arriba queda dicho. Terol recordó inmediatamente cuanto sucediera con el maletilla de *Carceleras*. Después, el cordobés brindó un toro al alicantino con las siguientes palabras:

—Brindo este toro a Pedro Terol, amigo de aquellos tiempos penosos y difíciles, con el deseo de que continúe nuestra amistad en estos otros menos malos.

Al siguiente día, ambos salieron de Barcelona en avión. Terol, para cantar en Madrid; Manolete, a triunfar en cualquier ruedo de España; y el hecho de que cuantas veces se encuentran buscan la ocasión de abrazarse y cambiar impresiones, demuestra que se ha cumplido por completo el deseo manifestado por el gran espada en su brindis.

# CUANDO LA PLAZA MAYOR ERA LA PLAZA DE TOROS DE MADRID

Por FELIX CENTENO



a Oriente se hallaban los portales de los Pañeros, codiciados también para ver toros, porque tenían sombra por la tarde. Algunas veces fueron allí los reyes y vieron el festejo desde sus balcones. Allí tenían sus lonjas los mercaderes de paños, de donde le viene el nombre a esta parte de la plaza. Junto a las grandes columnas de los arcos se ponían puestos de venta de medias de cordellate, de colores, y otras más finas de estameña y de todas hacían gran consumo las mozas de servicio. Las otras dos fachadas eran las de Manteros y Zapaterías, y sus nombres revelan claramente el motivo de la denominación.

Tal era la plaza Mayor en el siglo XVII. Pero vamos a la entraña del asunto, a la disputa de las localidades. Entonces, como ahora, la pasión por la fiesta hubiese exigido también tres o cuatro plazas para complacer a todos los aspirantes a espectadores. Las autoridades resolvieron la cuestión de un modo tajante, a saber: los inquilinos de las casas tenían que ceder los balcones y ventanas para que desde

ellos se solazasen las personas a quienes el Ayuntamiento las destinase, y para ello se repartían cédulas a los agraciados.

Los vecinos de la plaza estaban, naturalmente, desesperados. En un entremés de la época, «El gori-gori», se alude a ello, cuando un personaje, don Estupendo, dice:

*Gran pensión es ésta  
de vivir en la plaza un caballero,  
pues paga todo el año su dinero,  
y el día que ha de ver la fiesta en ella,  
le echan de casa y quédase sin vella.*

Y de la forma en que el invitado oficial—que pagaba el boleto de invitación tan caro como si torease... Manolete—se presentaba al dueño de la casa, da idea otra escena del mismo entremés. Sale un criado y se dirige al inquilino;

*... Pues yo he venido  
con aquesta boleta que he tenido*

*a prevenir a usted, Dios me lo guarde,  
de que tiene por huésped esta tarde  
al señor, mi señor don Melidoto,  
un caballero por el mundo roto,  
de grandísimo porte,  
que ha venido no más que a honrar la Corte;  
y habiendo fiesta en ella  
de toros, para vella  
de esta casa el balcón le han repartido.*

Para el público sólo quedaban los terrados, cuyo alquiler ofrecían a gritos los muchachos:

*¡Suban al terrado,  
que está fresco y regado!*

Las corridas empezaban por la mañana y seguían toda la tarde, pues se lidiaban dieciocho toros. Se llevaba la gente la comida, y los figones se enriquecían. El ambiente, según diversos testimonios que tengo a la vista, era más que bárbaro, pese a la presencia de Sus Majestades. En su curioso libro «Día y noche de Madrid», Francisco Santos dice que «se ven en los tablados pendencias y cuchilladas; uno que pierde la capa y otro que se la halla; uno que se quiebra una pierna y otro que llevan a la cárcel y le cuesta su dinero y no ve la fiesta». En los avisos de don Jerónimo de Barrionuevo, que se conservan en la Biblioteca Nacional, el autor consigna: «Veintisiete de julio por la tarde hubo toros ferocísimos, muchos rejonos y dichas suertes, pero tan gran calor, que se quedaban los hombres en cueros en los tablados, que era una mojiganga ver cómo estaba la plaza por todas partes». En fin, el corregidor de Madrid, conde de la Revilla, murió de un tabardillo «que le dió del sol que tomó en la corrida de toros del 2 de julio» (1636).

Mucho calor, muchas broncas y la casi imposibilidad de ver la fiesta sin una recomendación municipal. Y en contraste con ambiente tan desgarrado, en el piso de la plaza, nobles caballeros españoles se jugaban la vida limpiamente. El ceremonial era magnífico y el lujo de los lidiadores digno de contarse en crónicas. Nadie había pensado aún que un día pudiera ser oficio o profesión el torear. Pero esto es ya salirse del tema. Si hubiera espacio y oportunidad, hablaremos otro día de los caballeros toreros, que con la espada «partían» toros de cinco años «por la cruz del corazón»; de aquellos tiempos en que el honor de torear costaba una fortuna y no se concebía que los dieciocho «castillos», con unos cuernos «asi de grandes», se dejasen matar sin llevarse en venganza a dos o tres por delante. El Padre Pedro de Guzmán, jesuita, que a principios del siglo XVII publicó un libro titulado «Bienes del honesto trabajo», dice que morían de doscientas a trescientas personas al año en los cuernos de los toros.

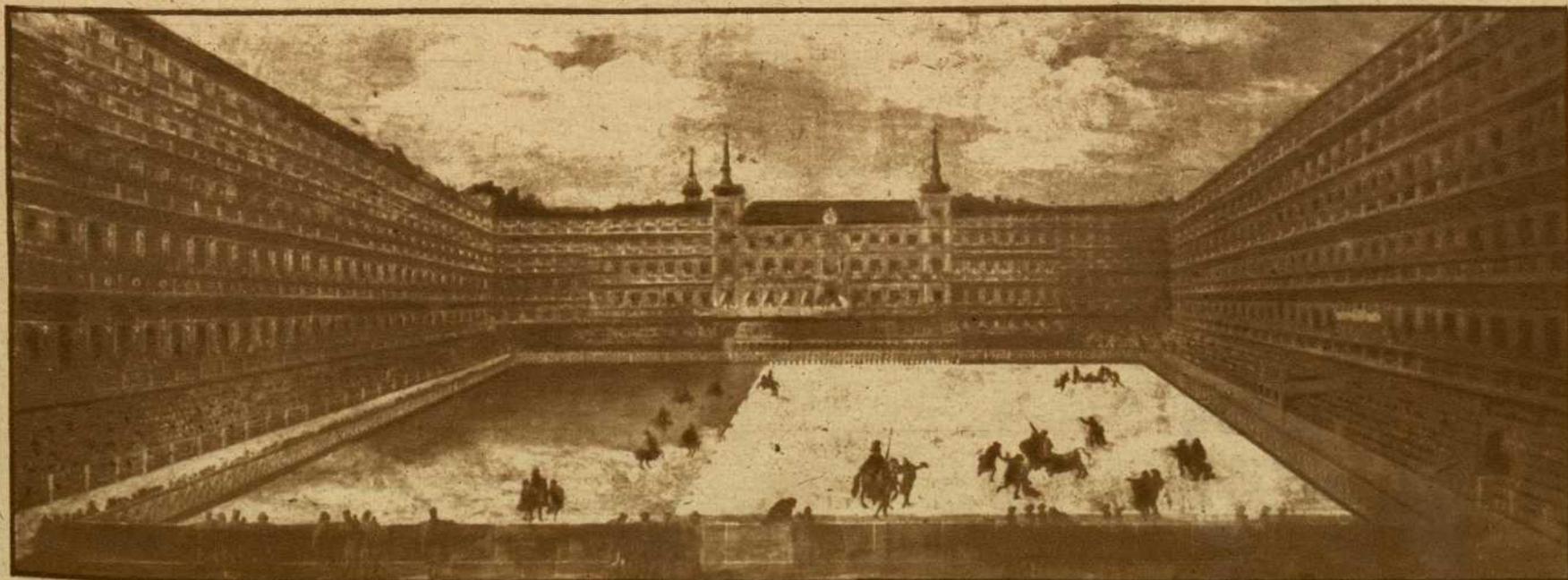
Las veintidós mil entradas de la plaza Monumental no han resuelto el problema. Cuando el cartel le apasiona, Madrid es capaz de llenar dos y tres plazas Monumentales. En los días sonados no basta el dinero para conseguir una localidad.

—¡Esto no se había visto!—dicen los aficionados.

—¡Qué escándalo! ¡Hace falta recomendación para ir a los toros!—protestan por las taurófilas tertulias.

Pues bien: los protestantes no saben que lo de ahora ha ocurrido siempre, incluso remontándonos tres y cuatro siglos, cuando no había toreros profesionales, cuando era un deporte de caballeros la fiesta taurina, cuando el lugar de la lidia era la plaza Mayor y la presidían los reyes. Vamos a contarle al curioso lector cómo se desarrollaba entonces el festejo.

En la plaza Mayor hubo durante el siglo XVII grandes fiestas de toros. Al sur estaba el edificio llamado de Panadería, el más bello de todos, y eso que todas las casas de la plaza, coronadas de terrados, tenían hermoso aspecto: en él se encontraban los salones destinados a la familia real. En el lado que mira

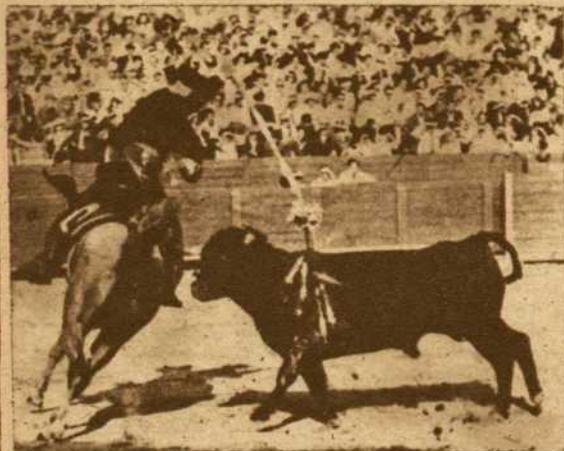


EL SABADO, EN TARRAGONA

Un toro de Galache y seis de Felipe Bartolomé para ALVARO DOMEQ, ARRUZA, MONTANI y PEPIN MARTIN VAZQUEZ



Arruza, Montani y Pepín Martín Vázquez en el momento de salir a la Plaza para hacer el paseillo



Alvaro Domecq clavando un buen rejón a su toro



Un gran pase natural con la izquierda del mejicano Arruza



Pepín Martín Vázquez en una manolete (Fotos Valls.)

## LAS CRITICAS DE FERIA

# CORRIDA DE TOROS EN OVIEDO

por EL CACHETERO



Belmonte

—Señor director, ¿me da permiso para meter un artículo desstripador y un tanto veraniego?

—¿A quién va a despanzurrar hoy el señor Cachetero?

—Pues, si usted me deja, voy a seguir desollando ese cuento de las críticas de feria. Ya recordará que dije unas cuantas cosas sobre ellas, que me valieron mala fama de agrio, y ahora, hace poco, el proselitismo de Juan León, que, por cierto, hoy firma desde Logroño. ¿Y qué le parece, señor director?

—Destripe, destripe el señor Cachetero...

Uno estaba, ¡ay!, hace pocos días en una playa asturiana, sin que la arena de ella le recordase ni por pienso la de los ruedos. Pero resulta que los amigos no se olvidaron de que se es El Cachetero hasta en traje de baño. El caso es que ya tenía reservada la entrada para una corrida de toros que iba a jugarse en la feria de Oviedo:

—¿Quiénes torea?

—Manolete, Arruza y Belmonte

—Ya estamos andando. ¿Y los toros?

—De Cobzieda.

—¡Ah!

Y a Oviedo nos fuimos. Lo curioso del caso es que el espectáculo tuvo dos partes. La corrida era la segunda y, la verdad, fué bastante peor, a pesar de las orejas a voleo. Lo más importante era que fuimos un grupo simpatiquísimo y que

comimos fabulosamente bien, con ese aire atropellado y baruliero que tienen las ferias media hora antes de la corrida. Un taxi, y a la Plaza, en donde siguió el gran espectáculo. Orballaba y la Plaza de Oviedo, chata, amuñonada, destruída por no sé qué episodio guerrero, sólo tiene en pie los sillares de los tendidos, sin gradas ni palcos. Plaza de semirruina, como la de un circo romano pequeño. Plaza en hondonada y desde la que se ven sobresalir montañas, prados y nubes negras de lluvia por encima del ruedo, a lo Zuloaga. Muchas chicas archivistidísimas, muy guapas, y tan desatendidas de lo que pudiera pasar en el ruedo como de un terremoto en la Patagonia. La verdad es que algunas han visto ya cinco o seis ferias y no han visto clavar una banderilla, ni siquiera han advertido que hay un toro—torín—correteando y cayéndose de aquí para allá. Pero pregunté por el sombrero que llevaba Piina el año 42, y verán, verán...

Bajo la llovizna se llena de toreros el ruedo, que es muy chico. No ya los peones fuera de tigno, sino un matador, por lo menos, tiene que estar entre barreras. Se ha hecho el despejo y han asomado—casi increíble para los deformados madrileños—Belmonte, Manolete y Arruza. Aquél pega su zancada de arrastre bien vestido de prusia y oro; Manolete saca un corinto zarandeado en ferias y lluvias, y Arruza, el crema socorrido para estos casos. Y empiezan a salir bichejos de segunda vara y par y medio. Se camina con una celeridad sorprendente, y el quite lo hacen dos matadores, porque ni hay más varas ni sitio en la Plaza para más.

La gente aplaude mucho, no las grandes ovaciones de las veintantas mil almas, pero un palmeteb y música tan constantes como la lluvia. La banda no cesa al menor pretexto, porque

ellos bien quisieran hacerlo; pero un socarrón les grita:

—Y vosotros, ¿a qué habéis venido?

Y, entre pasadobles, los diestros van haciendo sus gracias con aire de trámite número tantos. El trámite de Manofete, que es tan buen torero, tan gran torero, tiene, claro es, prestancia elegante. Está bien; allí lo toman por superior y aquí habría sus más y menos. Anda confianzudo por la plaza, gritándole a David al correr a una mano, con tono cortijero:

—¡Buenooo, ya!

Le dicen en un tendido:

—¡Con la izquierda!

—¡Si no pasa por la izquierda!—contesta.

Pero le mete tres naturales luego. ¡Y comienza a arrodillarse y tocar los pitones! Uno que no sé si es entusiasta o guasón, le grita:

—¡Atalo por "les pates", que "ye un chivu"!

Arruza quita a la espalda y prende sus tres pares fáciles, entre ovaciones.

Luego torea muy arrodillado y tocando las astas a troche y moche, después de citar sin resultado al natural en un terreno tremedo. El torito, como todos, es tan flojo, que cuando el matador le apoya la mano en el testuz la cabeza le cae al suelo. El último se le atraganta al matar y oye un aviso. Le han cogido miedo porque mató a otro toro? en corrales y derribó de salida. A Belmonte, ya casi saliendo de la Plaza, lo hace correr metros y metros hasta el burladero. Belmonte, que ha estado como de costumbre. Y dejémoslo aquí, sin analizar si eso de la rabieta y de los

temblores tiene gracia. Orejas para todos y cuatro vueltas ha sido el resultado de la corrida.

A la salida nos dicen que un coche de Gijón ha atropellado al delantero centro del Oviedo. Esto aquí, en Asturias, puede ser un Sarajevo. Ya otra vez en la ciudad recomienza el espectáculo de unas gentes y unas calles simpáticas, cordiales, encantadoras.

—¿Y esto era todo, señor Cachetero?

—Señor director, esto era todo, que ya está bien. Ustedes, en el periódico del día siguiente lo publicaron más o menos bajo el título de "Corrida de toros en Oviedo. Orejas a Belmonte, Manolete y Arruza". Todos los días publican tres o cuatro por el estilo, y yo le aseguro que la verdad de lo ocurrido es lo que le cuento, y o estoy loco, o tiene poca congruencia con el título.

Ya sé que ustedes me han hecho caso—por muchas razones más—en que no hay razón para que ande yo por esos mundos tomándolo en serio. Pero así andan todos. Yo, señor director, me vuelvo a Madrid, de donde sabe que taurinamente no he salido, a pesar de que, al decir del señor Barico, aguantar el mes de agosto en la Plaza madrileña me haya hecho convalecer en la costa. Pero de esta corrida de Oviedo—una de mil—hay que convalecer en Madrid. Y el domingo reaparezco, señor director de mi alma.



Manolete



Arruza



## LOS VIEJOS DEL RUEDO

# AGUSTIN ROMERA lleva cuarenta años de timbalero en la Plaza de Toros

**A** GUSTIN ROMERA es un viejo madrileño al que, a pesar de sus años, le brinca la satisfacción por el cuerpo. La alegría y el buen humor son inagotables en este hombre de aspecto sano y amplia y abierta sonrisa, y desde luego, lo encontraréis siempre propicio a la confianza y a la evocación de «su» Madrid, un Madrid que en la realidad no existe ya, pero que sigue latiendo en su corazón con el mismo amor e idéntica sugestión que en lo más florido y amable de su, por desdicha, lejana y perdida mocedad.

Hablar con Romera es como adentrarse por las páginas de un rancio y noble cronicón de hechos y figuras del Madrid que fué. Por estar dentro de los cánones de un madrileñismo popular y zarzuelero, nuestro buen amigo Agustín es nada menos que tipógrafo, y como todos los Julianes que en el mundo han sido, también este viejecillo de ahora tiene su historia curiosa y sentimental.

—Por ejemplo—dice el famoso timbalero de la Plaza madrileña—, usted no sabe que yo me libré del servicio militar, precisamente por tener entre los toreros de mi época muy buenos amigos.

—¿Sí? ¿Y cómo fué eso?

—Pues verá usted. Yo tenía una gran amistad, una amistad casi fraterna, con el célebre picador de toros Agujetas. Este era muy amigo también de Reverte, el gran matador de toros sevillano, y en una buena ocasión fui presentado a él por Agujetas. Y puede usted calcular cómo llegaría a ser la amistad que se estableció entre nosotros, cuando, al llegar mi época de soldado, Reverte organizó una corrida en mi beneficio para que, con el importe de la misma, pudiera redimirme del servicio militar, que, como usted sabe, entonces esto podía lograrse con dinero. Y dicho y hecho. No sólo me redimió de las obligaciones militares, sino que aun sobró dinero para algunas otras cosas muy necesarias.

—¿Cómo fué dedicarse a timbalero?

—¡Bah! De la manera más circunstancial e inesperada del mundo. No sé si usted recordará de una obra teatral—una zarzuela que se hizo centenaria en los carteles—que se titulaba «El padrino del Nene». En esta obra se representaba una corrida de toros, con timbales y todo. Pues bien: el que tocaba los timbales en aquellas corridas era yo.

—¿Cómo se las arregló usted para pasar después de timbalero a las corridas de verdad?

—Sin duda, por alguna influencia de predestinación. Me hice amigo del timbalero de la Plaza, que ya sabía que yo manejaba bien los instrumentos; pero más que nada, con el pretexto de transportarle los timbales, por el desmedido afán de no perder, por este sencillo procedimiento, ni una sola de las corridas que se celebraban en Madrid. Y de tal modo se enredó la cosa, que al fin sustituí al antiguo timbalero madrileño.

—¿Mucho tiempo hace de eso?

—Regular nada más; pero, vamos, se dará usted una idea aproximada, cuando le diga que llevo ya cuarenta años «pegándole» a los timbales. Algo de ayer mismo, como quien dice.

—Pero usted, amigo Romera, tiene tipo de torero; ¿caso no lo ha sido usted?

—Lo que se dice torero, la verdad, no lo he sido nunca, y, sin embargo, he toreado alguna vez...

—¿De muchacho?

—Precisamente. Allá por los tiempos de Maricastaña, en unas becerraditas muy apañadas que se celebraban en Tetuán de las Victorias. Allí hice yo mis pinitos, y aunque los amigos me jaleaban y aseguraban que estaba muy bien, opté prudentemente por quedarme en timbalero, o lo que es igual: hice bueno aquello de «zapatero a tus zapatos».

Agustín Romera cuenta y no acaba del Madrid de sus tiempos: chistes, anécdotas, chascarrillos y sucesos. Por los ojos se le sale la alegría de recordar, pero sobre dos sucesos lejanos y decisivos de su vida, es en los que él parece concentrar los mejores y los más inolvidables momentos de su juventud. Estos momentos son, cuando el gran Reverte organizó la corrida de su beneficio y cuando asistía de timbalero en el teatro.

—Recuerdo—dice refiriéndose a lo primero—que toré con Reverte otro estupendo matador digno de él: Emilio Torres Bombita. El público respondió muy bien y a mí no me dejó la emoción respirar en toda la tarde. Si me ha parecido siempre noble y hermosa nuestra española fiesta de los toros, juzgue usted lo que me parecería aquella y lo que me sigue pareciendo desde entonces.

Luego evoca Romera a Arana y a Moncayo, que eran los principales intérpretes de «El padrino del Nene», en el primitivo teatro de la Zarzuela. ¡Qué público aquél y cuánta alegría se derrochaba entonces!

—Cuando yo tocaba los timbales—añora—el público se rebullía en sus asientos, como si esperase ver salir a un poderoso astado por los mismísimos toriles de la Plaza. La sensación de los lances de la lidia era de un realismo asombroso. Y es que aquellos actores eran geniales, como lo eran también aquellos toreros.

Agustín me habla ahora de sus timbales:

—¿Usted sabe—dice—el origen de estos timbales que ahora son de mi exclusiva pertenencia? Pues datan nada menos de los tiempos en que en Madrid se celebraban las corridas de toros en la Plaza Mayor. ¿Qué le parece a usted?

—Desde luego, muy interesante, y además de su venerable antigüedad, tienen el mérito de su significación y de lo que representan.

—Imagine usted si mis timbales pudieran hablar. Las cosas que podrían contar de aquella época y de aquellas gentes, entre las cuales los chismes y los cabildeos parece que también estaban a la orden del día ¡Sería digno de escuchar!

—¿Cómo llegaron hasta usted los timbales?

—Porque los adquirí directamente del otro timbalero, como éste, a su vez, los obtuvo de su antecesor.

—¿Es una herencia entonces gratuita?

—Según a lo que se llame gratuito, porque yo, por ejemplo, los adquirí en 1.200 pesetas. Luego, tal vez tenga yo que venderlos también a mi heredero. O regalárselos, según me plazca.

—¿Quiere referirme algún suceso relevante de su vida actual?

—¿Actual? Un poco lejano está ya también el que voy a referirle. Pero para mí tuvo una importancia muy grande. Fué el día que intervine con el infortunado Granero en la película «Glorias que matan», que protagonizaba el valiente y desgraciado torero valenciano. ¡Con mis timbales siempre! Pero allí no hubo ficción en lo que con la corrida se relaciona. Granero toré «de verdad» y estuvo más valiente y torero que nunca. ¡Si supiera usted cómo me tembló el pulso al tocar los timbales aquella tarde! Sabía yo que el eco de mis cajas de metal resonarían en el mundo entero. Y crea usted que sentí apretármeme los puños y el corazón.

—¿Entonces actúa usted también fuera del ruedo?

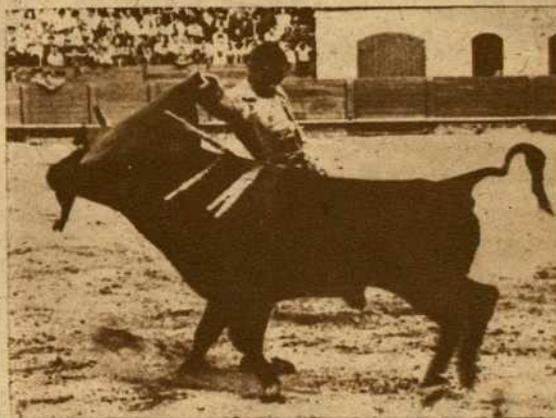
—Desde luego. Tal sucede, por ejemplo, en mis intervenciones en Radio Madrid durante las charlas taurinas de Curro Meloja, y en ocasiones, también en el teatro, cuando se hace algo parecido a aquello de «El padrino del Nene».

Agustín Romera vuelve a sonreír inefablemente. Le preguntaría algo sobre la fiesta de toros comparada. Pero, ¿para qué? La respuesta habría de ser apasionada y contundente a favor de sus tiempos. Y opto por terminar la entrevista.

JUAN DE ALCARAZ

## EL SABADO, EN TARRAGONA

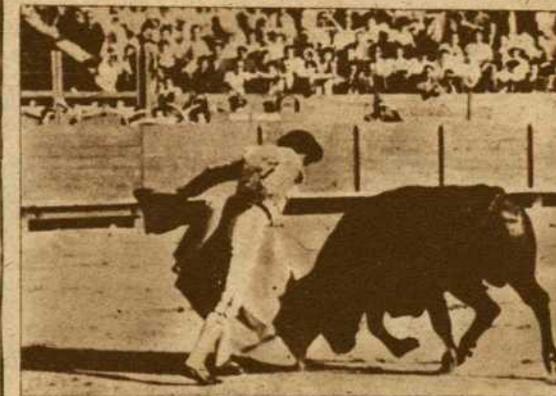
Un toro de Galache y seis de Felipe Bartolomé para ALVARO DOMECO, ARRUZA, MONTANI y PEPIN MARTIN VAZQUEZ



Un pase por alto con la derecha de Arruza



Pepín Martín Vázquez en un pase natural con la izquierda



Alejandro Montani lanceando de frente por detrás

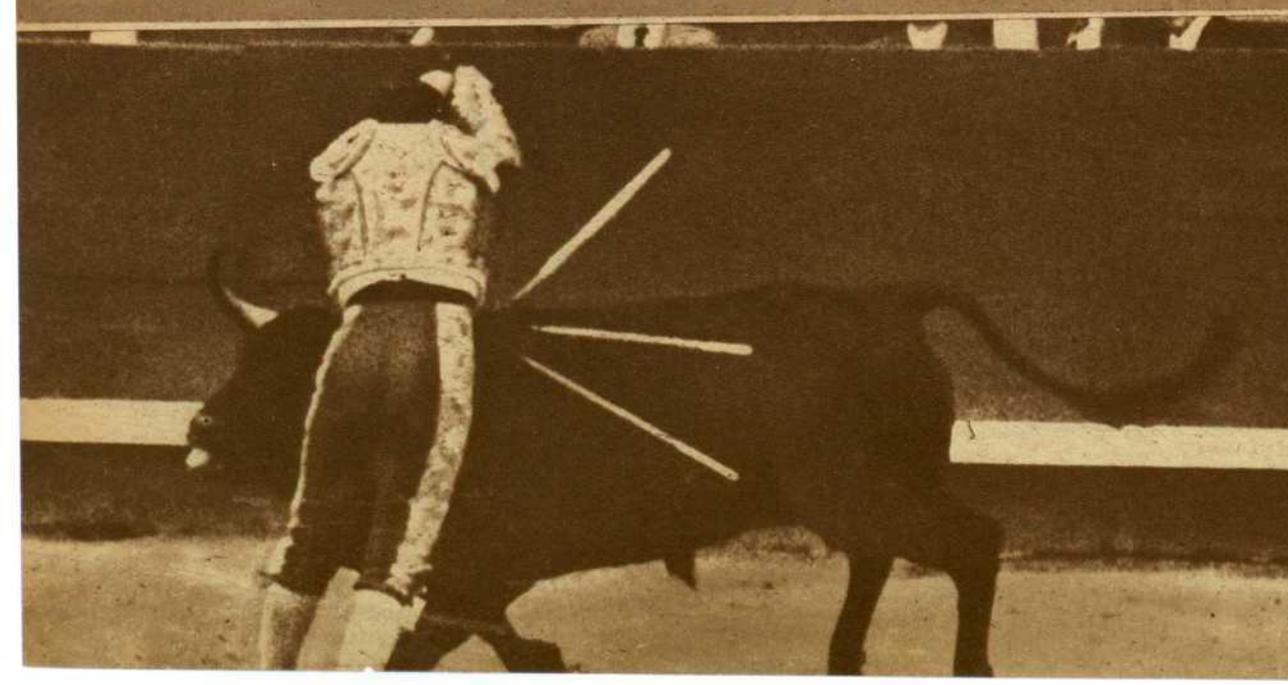
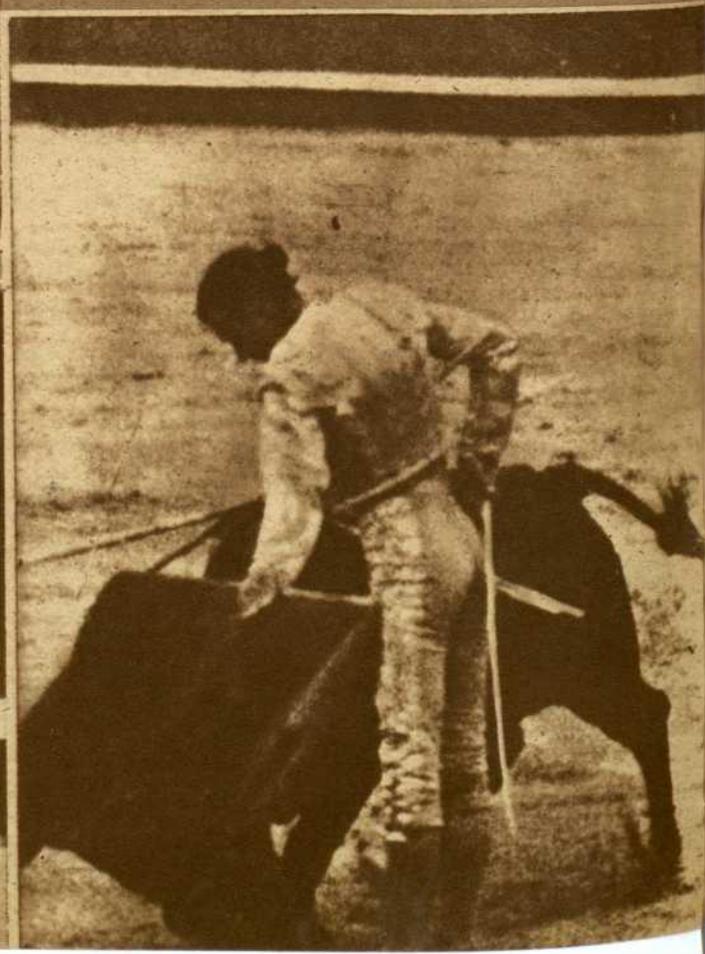


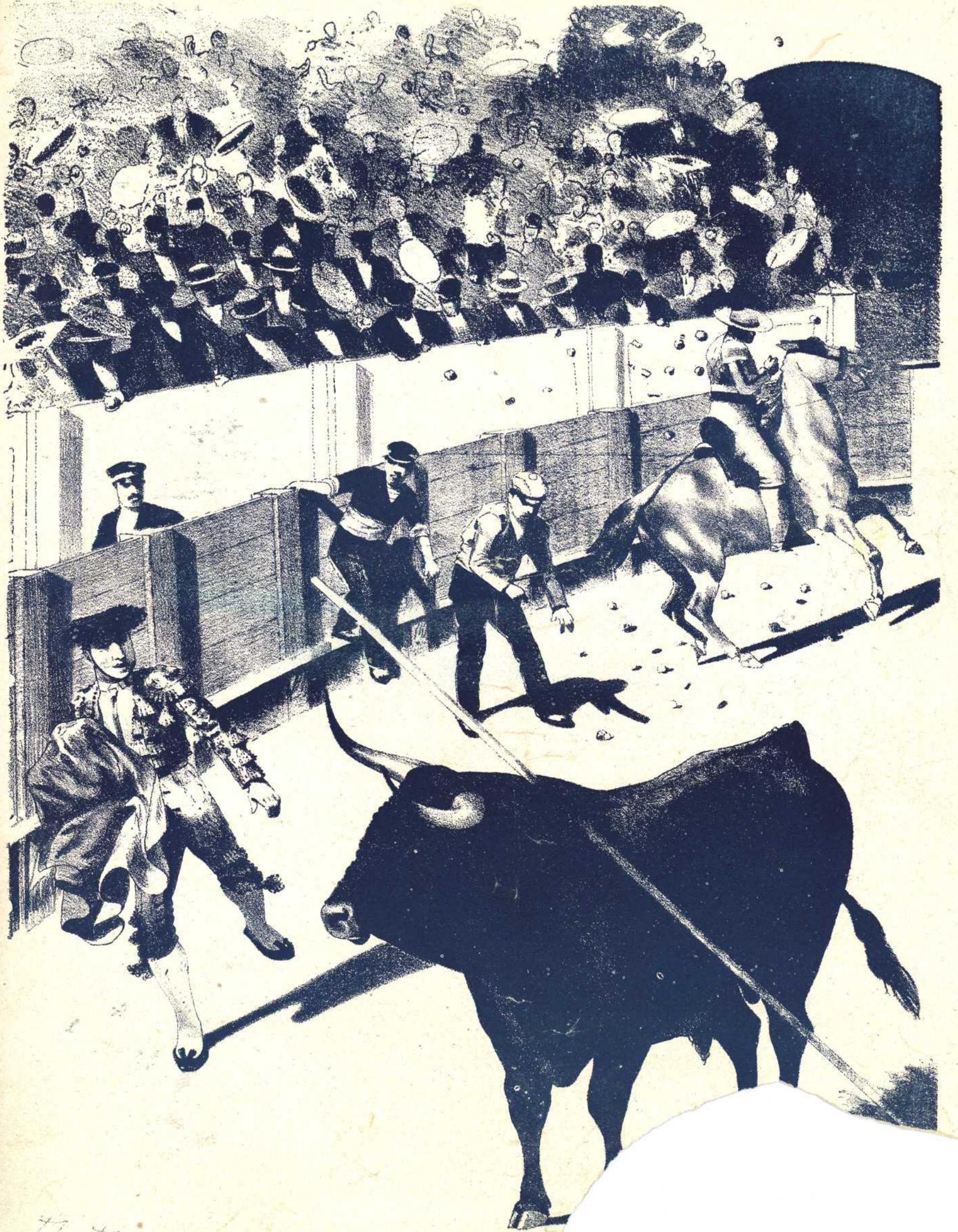
El mejicano Arruza mostrando la oreja que cortó  
Pepín Martín Vázquez con la oreja que cortó



## CARTEL DEL MIERCOLES EN MADRID Seis de Alipio Pérez Tabernero para PEPE BIENVENIDA, CARLOS ARRUZA y ALEJANDRO MONTANI

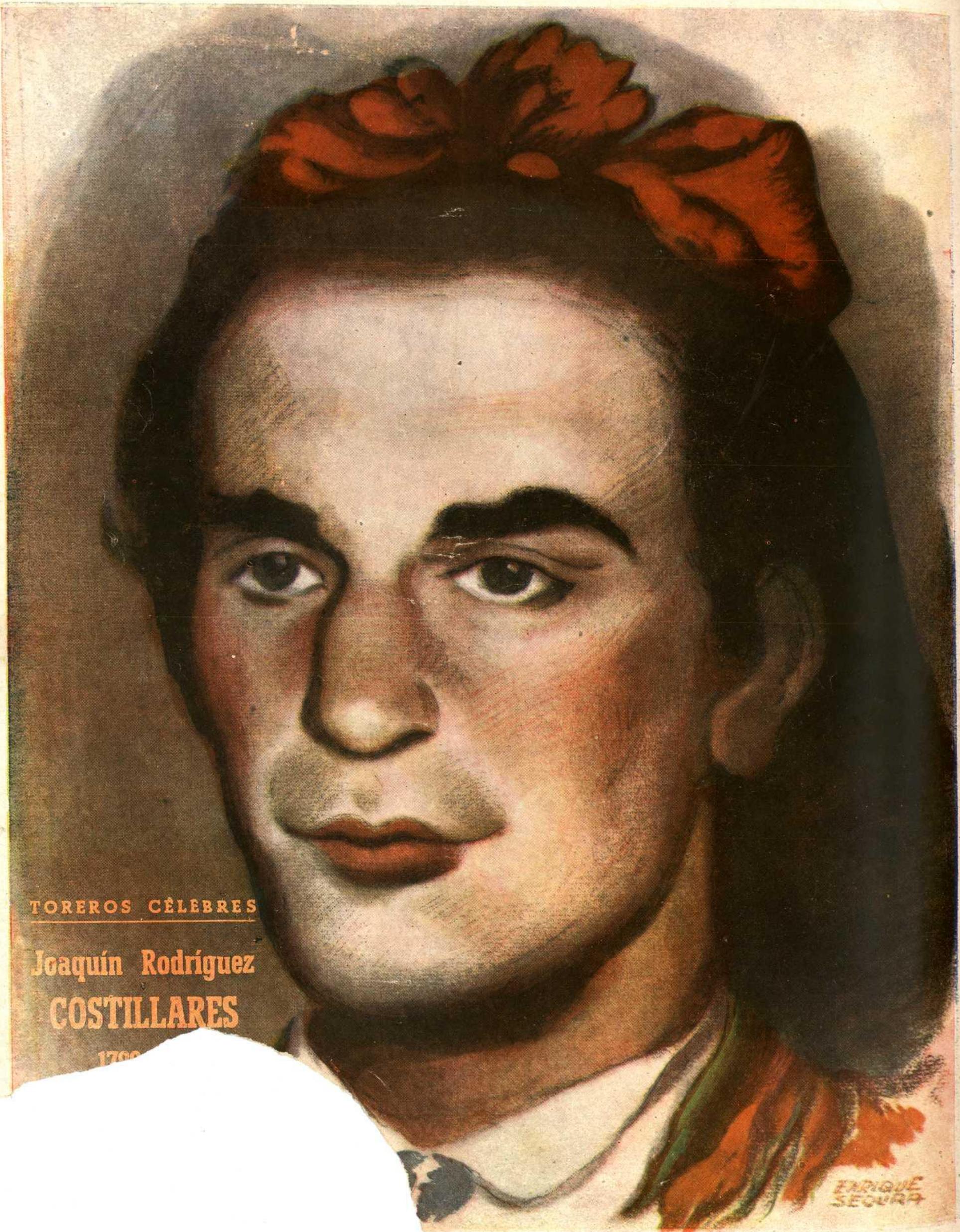
Recogemos en esta plana gráfica cinco momentos de la corrida de toros celebrada el miércoles último en Madrid.—De arriba abajo y de izquierda a derecha: Montani lanceando de capa. Arruza al iniciar la faena de muleta a uno de sus toros. Pepe Bienvenida en un par de banderillas. Arruza en el momento de clavar, y el mismo diestro toreando por naturales. (Fotos Baldomero.)





*H. H. Perea*

Una vara enhebrada  
(Dibujo de Perea)



TOREROS CÉLEBRES

Joaquín Rodríguez  
COSTILLARES

1799

ENRIQUE  
SEGURA

MARCA  
D E  
M A  
N A  
S E  
M E  
T A  
U  
P I  
N O  
S I  
P M